

sin impedimento, y que en El vivís seguramente: alcanzad á este miserable un ascua de ese fuego que os abrasa, para que en mí prenda y se encienda, hasta llevarme á vuestra compañía. Amén.

TRABAJO III

Tener represada por algún tiempo la fuerza del amor, sin manifestarse en otras obras.

EL abad Guarrico apuntó un trabajo que Nuestro Señor pasó en los nueve meses que anduvo en el vientre de la sacratísima Virgen, muy propio y muy natural del inmenso fuego de amor que ardía en el pecho de este Señor: el cual trabajo fué detener y represar la fuerza y vehemencia de su amor, de suerte que no se mostrase, ni hiciese por algún tiempo las obras á que venía al mundo.

Tiene el amor naturaleza de fuego, que es el más pronto y operativo elemento; y por eso se llama Dios fuego consumidor, por las obras de amor que ha hecho y hace, tan fuera del humano juicio y del terreno entendimiento, que si no tuviera por razón al infinito amor de que proceden, parecieran impropias á la Mjestad de su divino Autor. Corresponden con propiedad al amor divino todos los nombres de poder y grandeza, como son fuerte, pronto, invencible, todopoderoso, vehemente, inflamador, transformador y todos los demás de esta calidad: porque el eterno y soberano fuego ardentísimo de que proceden, y las obras que en Dios y en sus criaturas hace, son clarísimas demostraciones de cuán propias le son éstas y todas las demás perfecciones. Y así como el fuego donde halla más fuello materia, allí con más fuerza muestra su eficacia, así el amor, dando en la grandeza y majestad del divino pecho, no puede el humano juicio comprender la fuerza con que arde. En este fuego ardía el Verbo Divino, ya Encarnado en el vientre de su sacratísima Madre; allí estaba esperando los espacios y dilaciones de la naturaleza para salir y manifestarse en divinas obras, en soberanas doctrinas, en inmensos excesos de padecer y en larguísimas corrientes de favores. Ardía por acabar sus obras: y era necesario estar algún tiempo encubierto y disimulado, y esperar meses y años á que llegase la conjunción que en su eterno consejo estaba determinada. Por eso la fuerza de este amor represada se volvía contra el mismo divino Señor; á El le afligía, á El atribuía y consumía.

Si es verdad, como lo es, lo que dice la Divina Escritura y la experiencia enseña, que la esperanza dilatada aflige al alma, y cuanto la cosa esperada es de mayor gusto y estimación, más aflige su tardanza, ¿cuánto afligiría á este Señor la lentitud con que la naturaleza procedía en formar aquel cuerpo en que esperaba mostrar los gustos de su corazón en las copiosas mercedes que por él nos había de hacer, y en lo mucho que determinaba padecer para satisfacer la fuerza de su amor? Nuestro Padre San Agustín dice una cosa que realiza mucho esta verdad: Que si Dios, como tal, pudiera pa-

decer, ninguna cosa fuera bastante para atormentarle, sino sufrir las angustias de su amor. Y esto dice para encarecer cuánto descontentan á Dios los que no emplean en El su amor. Y así, parece que un Dios tan amoroso, que es el mismo amor, ningunas mayores angustias y agonías pudiera padecer, si fuera posible, que no ser amado, haciendo tanto por serlo; pues pareciera que daban en vano todos sus cuidados y los trabajos que pasaba, si las almas fuesen tan ingratas que no le correspondiesen con amor. De este espíritu y entendimiento del inflamado Agustín, tan experimentado en afectos del divino amor, queda entendido, que pues á Dios (si pudiera padecer) sólo le diera trabajo la angustia de su amor en no ser amado, mucha mayor pena le daría si amando mucho no pudiera mostrar lo que amaba.

Estas angustias que Dios no podía padecer en la divinidad, las sufrió en su humanidad, porque como la había tomado por instrumento de mostrar su infinito amor, le daba gran pena todo el tiempo que era necesario esperar, deteniendo la vehemencia del amor que deseaba manifestar. Bien se vió esta verdad cuando legó el tiempo de soltar Dios su amor; pues de tal suerte trató á su humanidad y buscó tales invenciones para padecer, que primero agotó la naturaleza su posibilidad, que la vehemencia se causase de manifestarse por ella. Parece, pues, que viendo el Señor cuánto menos podía padecer su humanidad, que el amor obrar, buscó antes de la Pasión una invención de quedar en la tierra hecho mantenimiento, por el cual pudiese hacer en las almas de sus amantes lo que faltaba á la flaqueza de la humanidad; y aun después de muerto, quiso que en la cruz le abriesen el costado, para subir al cielo con esta llaga, además de las abiertas en los pies y manos, en satisfacción de su gusto de padecer, y en señal de que por él nada quedaba, pues dejaba abiertas estas fuentes de gracias.

Dos cosas hay en la tierra que por experiencia muestran esta verdad: el amor santo de los justos y el amor terreno de los mundanos. El amor puro y perfecto de los justos, que es una sola ascua participada del incomprendible horno de amor divino en que Cristo nuestro Señor ardía, hace en ellos muchas operaciones semejantes, porque continuamente los atormenta y hace vivir en pena. Penan, porque no ven al que aman, porque se les dilata el destierro, por el peso y gravedad de la carne, porque no pueden con la prisión del cuerpo acudir á cuanto el amor les pide. Así se ve que pierden el gusto de los sentidos, el sueño, el comer y el reposo corporal muchas veces; porque les tira tanto el amor divino, que no les deja cosa que no quiera ocupar e i sí. Todo cuanto hacen les parece poco; arden por arder en todo; y como el alma presa en la cárcel del cuerpo no es tan libre para lo que pide el espíritu, viven siempre penando. Y bien se ve lo que esto les cuesta; porque, por la mayor parte, los que llegan á tal estado están flacos, debilitados y con salud quebrantada. Los particulariades y secretos de esto no son para aquí ni para toda gente; los experimentados saben cuánto

cumplir con ellas enteramente, entendiendo que eso es lo que Dios quiere de nosotros. Sobre este sólido fundamento edifique cuanto pueda, cerciorándose de lo que dice San Bernardo: No contentan á Dios los que algo le ofrecen, dejando aquello que por obligación le deben.

3.º Tenga vida ordenada y ocupada; porque la naturaleza así dispuesta, cria menos malicia, se conoce mejor, y no abre la puerta tan fácilmente á las tentaciones.

4.º Tome como recibido de la mano de Dios todo lo que en la vida le sucediere de gusto ó disgusto, de próspero ó adverso; y alabe siempre al Señor por todo. Y aunque vea en su naturaleza corrompida levantarse sentimientos contrarios á ese propósito, y que por fuerza le llevan á tristeza, impaciencia, alteración ó cualquier otra miseria humana, no deje de volverse á Dios con el espíritu, aunque sea como arrastrando; y supplique que no le juzgue por los brutales sentimientos de este flaco natural, sino por los santos propósitos que sólo á su divina misericordia debe. Con esto, puede quedar el alma tranquila y sosegada.

5.º En la consideración de estos TRABAJOS DE JESÚS, ocupe poco el discurso del entendimiento, y abra la puerta á la voluntad, para que el amor haga su oficio. Si en la lectura sintiere movida el alma, váyase tras el movimiento que Dios le da; mas procure volver á la lectura cuando cesare el movimiento interno.

6.º Si estuviere seco y duro y molesto de malos pensamientos contra su voluntad, no se descousele ni alija creyendo que ha perdido el tiempo; mas antes que se aparte del lugar donde está en oración, alce los ojos del alma y dé gracias á Dios; el cual, si es grande y magnífico cuando nos regala y consuela, no es menos maravilloso cuando trata de sujetarnos á las penas interiores de su Hijo. Las almas que van á la oración en busca de consuelos espirituales, se hacen indignas de recibirlos.

7.º Durante la lectura ó meditación de estos TRABAJOS DE JESÚS, procure no olvidar los motivos que pueden encender el alma en deseos de imitar á Jesucristo en sus dolores, considerando que Él padeció por pura voluntad y sin estar obligado á ello; que el amor grande que nos tuvo hizo suaves las penas; y que para padecer hizo milagros, deteniendo la gloria de su divinidad para que al cuerpo no se comunicase, dejándole pasible; al contrario de nosotros, que solemos pedir milagros con el fin de evitar los sufrimientos.



TRABAJOS DE JESÚS

DESDE LA HORA EN QUE FUE CONCEBIDO

HASTA EL DÍA EN QUE MURIÓ

TRABAJO PRIMERO

Previsión y aceptación de los trabajos que había de padecer.

REDIMIÓ Dios y reformó la humana naturaleza desordenada y corrompida por el pecado de Adán, con remedios tan propios á las llagas, que con razón puede ser llamado perfectísimo Redentor. Todos los hijos de Adán, no sólo nacemos pecadores y vivimos en pecados, sujetos y obligados á sus penas, sino que también el pecado causa en la naturaleza tal desorden, tal contradicción al bien, y tal inclinación al mal, que no menos necesitaba reformador perfectísimo de sus desórdenes, que Redentor suficiente para satisfacer por sus males. Por tanto, el Hijo de Dios, ya que por su infinita bondad quiso redimir el género humano, no sólo nos mereció en todas sus obras remedios de nuestros males, sino también nos dejó en ellas ejemplo y retrato de toda virtud para reformar nuestras costumbres. Por eso enseña San Pablo, que como representamos la imagen del Adán terreno en los pecados en que nacemos y vivimos, así procuremos representar la Santísima Imagen del Celestial Adán, Cristo nuestro Señor, en la reformación de nuestra vida, ya que somos incorporados con Él por la gracia que se nos comunica en el bautismo. Esto es lo mismo que en otra parte dice, que nos vistamos de nuestro Señor Jesucristo, viviendo como gente redimida por su sangre, y enseñada con sus ejemplos.

Comenzó nuestro divino Maestro y Redentor su obra, por el mismo orden y por las virtudes contrarias á los vicios por donde nos habíamos perdido. Escogió primeramente por Eva, otra compañera perfectísima, á la sacratísima Virgen María nuestra Señora; purísima en el alma, santísima Virgen María nuestra Señora; purísima en el alma, santísima en la vida, obedientísima á Dios, instrumento de todos los bienes, como Eva lo había sido de los males. Pecó Adán pocas horas después que fué criado, habiendo sido hecho con perfecciones naturales, y dones de gracia suficientes para conservarse en el dichoso estado del Paraíso terrenal; y el

Hijo de Dios, formando su Cuerpo sacratísimo y criando en él alma, á que unió su divinidad, todo en un instante perfecto y acabado, sin esperar los términos ordinarios de la generación humana, no estuvo un sólo instante sin dar principio á la obra de nuestra redención. Fué el primer pecado y primera causa de nuestros males la desobediencia: fué también la primera virtud, y obra de nuestro reformador Jesús, una perfectísima obediencia. Comenzó nuestra perdición por desordenado gusto del hombre contra la divina voluntad: comenzó también nuestro remedio por trabajo y aflicción, que el Redentor quiso padecer por obediencia muy rendida á la voluntad del Eterno Padre. Y así, luego que el Hijo de Dios bajó del cielo á la tierra, y se unió á nuestra humanidad, en el primer instante de su Concepción, en que con verdad ya podía ser adorado por Dios y Hombre verdadero, empezó su primer trabajo y nuestro primer remedio. No lo dilató para otra hora, porque ninguna, ni un momento, quiso tener de vida que no se pudiese decir con verdad que era hora nuestra, y llena de bienes infinitos para los pecadores á quienes venía á redimir.

En el primer instante representó el Padre Eterno á su Hijo hecho Hombre, todos los trabajos, penas, dolores, desamparos, aflicciones, tormentos y muerte que quería padeciese por los pecadores; y esto con todas las circunstancias, peso y medida de lo que había de padecer, tan vivamente, como si todo aquello estuviese ya pasando. Y como Cristo nuestro Señor estaba lleno de toda sabiduría y gracia, y nada se le podía esconder, viendo todo esto como si ya lo experimentara, sujetó voluntariamente su humanidad á esta obediencia, y aceptó padecer, hasta la muerte de cruz, todo lo que el Padre Eterno le mandaba, con tan entera voluntad y tan sin contradicción, como si fueran gustos. Así como en el discurso de su vida y Pasión no tuvo el Hijo de Dios cosa en su humanidad en que no ejecutase muy por menudo esta obediencia con muchos dolores y trabajos, del mismo modo en la aceptación de ella en esta primera hora de su vida, no se contentó con ofrecerse á padecer por junto todo lo que le era mandado; sino que debemos entender que muy particularmente ofreció su cabeza á las espinas, sus ojos á las lágrimas, sus mejillas á las bofetadas, sus cabellos á las injurias, su boca á la hiel y vinagre, su cuerpo á los azotes, y cada coyuntura, nervio, vena y miembro de su cuerpo, vida, honra, y todo cuanto en El había muy particularmente, para padecer lo que el Padre Eterno le mandaba y convenía para nuestro remedio. Vióse aquella tierna humanidad en este paso en grande aflicción y agonía; porque como Dios no pretendía dispensar con ella en el sentimiento de todo lo que le pudiese dar pena, y nuestra flaca naturaleza siente muchísimo los trabajos de que tiene experiencia, cuando los ha de volver á pasar, no hay duda que dió inmensa aflicción á aquella sagrada humanidad la vista de sus trabajos; porque lo que le faltaba de experiencia de éstos para sentir menos, lo suplía su sabiduría, á quien todo era manifiesto clarísimamente, para que fuese mayor el

sentimiento. Y aunque después en el huerto llegó al fin de su vida este trabajo á mucho mayores extremos exteriores, no fueron en esta hora menos los sentimientos interiores.

Esta voluntaria obediencia de Dios hecho Hombre fué tan acompañada de humildad, sujeción, de ardentísimo amor, de dolor y pena, y de infinito merecimiento, y tan agradable á Dios, que sufficientísimamente mereció por ella la redención del linaje humano; en tanto grado, que si el Padre Eterno revocara la sentencia de muerte de su unigénito Hijo, y en aquella hora le subiera al cielo, bastaba el merecimiento de aquella obediencia para perdonar por ella todos los pecados y quedar el demonio vencido, el mundo lleno de tesoros de gracia, abierta la entrada de la vida eterna, y todo lo demás que Dios nos dió por su Hijo; porque como la persona de Dios Encarnado es divina é infinita, y los merecimientos de las obras son conformes á la persona que las hace, cualquiera obra de Cristo era de tanto merecimiento, que cada una bastaba para redimir cien mil mundos, y más si los hubiera. Proletizó Isaias esto, diciendo, que se llamaría el Señor *robador apresurado*, porque antes que el Niño sepa llamar padre y madre, saqueará á Damasco (por quien se significa el poder del demonio y del pecado, de quienes estaba cautivo el mundo). Esto dijo el Santo Profeta, viendo en espíritu que ni un solo instante detendría el Señor nuestro remedio; sino que había de ser tan apresurado en obrarle, que luego en el primer instante de ser hombre merecería con su obediencia bastantísimamente todo lo que para nuestro remedio nos quería dar su divina misericordia, no sólo antes de saber hablar, sino antes de ser nacido. Pero tal fué el amor que le trajo á la tierra, que bastando el merecimiento de una sola obra suya para todo nuestro bien, no bastó para satisfacer á su amor, menos que todo cuanto en el discurso de su vida hizo y padeció. ¡Tal Redentor tenemos, tal Señor, tal amigo!

¿Pues qué mejor lección queremos para la reformation de nuestra mala vida, que la primera que nos da este Divino Maestro? *Principio de todos nuestros males* (dice la divina Escritura) *es apostatar la obediencia de Dios*; y aquí vemos, que pues este Señor fundó en obediencia todos los bienes que nos mereció, también quiso que todo nuestro bien se fundase en perfecta obediencia á la voluntad de Dios. Y así como El no tuvo un solo instante de vida fuera de esta obediencia, así nosotros debemos tener por perdida toda la hora de nuestra vida, que no se emplea en la obediencia y servicio de este Señor. Miremos, pues, cuántas horas nos lleva el sueño, el comer, la ociosidad, y lo que peor es, cuántas nos llevan los pecados, los gustos torpes del cuerpo y las cosas que nos hacen perder á Dios. Miremos cuán tarda y tibiamente le buscamos; la facilidad con que dejamos su servicio, y el descuido de la propia salvación, que á El le dió tanto cuidado.

Si comparamos nuestra frialdad en el amor de este Señor, los achaques y excusas de no servirle de todo corazón, con el ansia de

padecer y con el rigor que usó consigo para satisfacer por nosotros, no hallaremos menos razón de avergonzarnos delante de El, que de agradecerle lo que le debemos. Mucho hay escrito de la virtud de la obediencia y sujeción á la voluntad de Dios. Aquí sólo añadiré que este Señor nos enseñó el modo que quiere haya en la obediencia, cuando nos enseñó á decir: *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.*

En el cielo, no sólo quieren todos y hacen lo que Dios quiere, sino que no saben entender cosa diferente de lo que Dios manda. Así, no nos debemos contentar con la obediencia de la voluntad propia á la de Dios, sino procurar mucho la del entendimiento: porque hay en el mundo, y en la mayor parte de la gente, tantas razones recibidas y calificadas con título de honra, primor y obligación contrarias á la Ley de Dios, é inventa cada día la malicia de nuestra naturaleza tantas excusas de la obediencia de Dios, con pretexto de este mismo Dios, que si el cristiano no anduviere con mucho cuidado sobre sí, fácilmente será engañado: y así debe pedir á nuestro Señor con David, que no le deje ver las vanidades como verdades; sino que le dé su luz para conocer sus divinos carinos, pura y perfectamente como El los enseña: ni le deje entender ni estimar otra cosa, sino la perfección de sus ejemplos y doctrina. Y el que pusiere los ojos en el espejo de toda bondad, Cristo nuestro Señor y Maestro, con deseo de imitar lo que en El y por El viene aprobado, sujetando á ello su entendimiento, éste se librará de muchos yerros.

EJERCICIO DE LA ENCARNACIÓN

Adórote, Verbo Divino Encarnado; adórote, Hijo de Dios vivo humanado; adórote, Dios mío verdadero, vestido de mi carne y mortalidad. Llegaste, deseado de los Santos Padres; llegaste, salud de las almas, verdadera vida y bienaventuranza de los pecadores. Ya no se alabará el cielo de que él solo os sirve de casa, pues ya aquí os tengo unido á mi humanidad, morador de mi destierro y compañero de mis terrenas moradas. Ya no seré despreciado de criatura alguna, pues yo no adoraré Angel Divino, y ellos adorarán Dios Humanado. Llegó vuestra hora, fuente de aguas vivas, río de infinitas bondades y misericordias. Salisteis fuera de madre, y todo lo anegasteis y llenasteis de divinas gracias y riquezas. Os olvidasteis de nuestros males, abrazasteis nuestras miserias, y vinisteis, Esposo de las almas, lleno de gracias y de verdades. ¡Quién hay verdadero como Vos, Dios mío! Cuando el mundo menos merecía, cuando más reinaban los pecados, cuando esta naturaleza se hallaba por ellos más dañada, cuando más razones teniais para enojaros y apartaros de nosotros, entonces mostrais más vuestro amor; entonces os dais todo; entonces nos socorréis con vuestra presencia, y os hacéis hombre como nosotros, compañero y remedador de nuestros males. Sólo Vos sois verdadero, y vuestros plazos siempre llegan. Cuando parece que estáis más lejos, entonces os ponéis más cerca, más pre-

sente, lleno de gracias y de misericordias; porque Vos traéis riquezas, bondades, saludes, vidas, bienaventuranzas, paces, amistades, tesoros, glorias, grandezas, y abundancias verdaderas para las almas que venís á buscar, y para el mundo que venís á redimir.

No venís pobre, mi Soberano Señor, ni dejáis guardados vuestros tesoros en el cielo: todo cuanto tenéis, traéis con Vos: no perdéis nada de lo vuestro, haciéndoos hombre como yo; mas dáisme cuanto tenéis. Ya no puedo huir de miedo de vuestra Majestad, pues os tengo conmigo en mis trabajos, preso y rendido á mi amor. Abrázoos, todo mi bien; ámoos, bienaventuranza mía, mi tesoro, mi riqueza, mi compañero, mi amigo verdadero, mi paz, mi alegría, mi gloria, vida, y salud mía. ¡Oh qué rico estoy con Vos! Tenedme envidia, Angeles; tenedme envidia, Serafines; tenedme envidia, cielo y tierra, y todas las criaturas; porque tengo en este Señor lo que no tenéis: yo tengo Dios Hombre, y vosotros no tenéis Dios Angel. Adoráis á mi tesoro, adoráis á mi bien, adoráis á mi compañero y amigo, á mi Dios Humanado, y á mi hombre Dios, de quien os viene y ha de venir cuantos bienes tenéis, y cuantos podéis tener. Pudisteis más que yo, amor Divino: no pude yo pecar tanto, que Vos no pudieseis perdonar más; no pude ser tan desgraciado, que os quitase la voluntad de dar; no pude desecharos tanto, que del todo os pudiese perder; no pude huir tanto, que no me alcanzaseis; porque soltasteis la fuerza é ímpetu de vuestro divino fuego, y tomasteis mi humanidad, y os vestisteis de mis miserias, y en ellas os disteis todo, y entrasteis por mi destierro, y os mezclasteis conmigo; y si huyo de Dios, no puedo huir del Hombre: de modo que si yo no me perdiera á mí por mi voluntad, no os puedo perder á Vos, hombre como yo, compañero de mis miserias, y pasible. Bien os entiendo, Dios mío: el amor os trae, y amor queréis; en fuego ardéis, Señor, y queréis que, prendiendo en las estopas de esta humanidad, ardan en amor, si se dejaren abrasar de Vos, y no quisieren vivir mojadas en los charcos y lodos del amor terreno. Pero Vos, Dios mío, de vuestra parte á todas las almas ponéis fuego; y tanto, que hasta los que se pierden, van cargados de obras y mercedes de vuestro infinito amor; pero lo pierden todo porque no os dan el corazón.

Os doy, Señor de mi alma, todo mi corazón, todo mi espíritu, todo este hombre entero, y todo mi amor. Ámoos, y deseo derrotirme todo en vuestro amor. Si tuviera el de todas las criaturas, con todo él os amara: y si tuviera infinito amor, os amara infinitamente: mas ámoos cuanto puedo; y pues Vos, infinito bien, todo sois mío, con Vos todo os amo. ¡Oh, si siempre os amase! ¡Oh, si siempre me abrasaseis! ¡Oh, si siempre os poseyese! ¡Oh, si ninguna cosa fuese poderosa á apartarme de Vos! ¡Oh Dios mío Humanado! Aunque mi humanidad está en Vos perfectísima, purísima y llena de gracias, parte es de la mía miserable. No puede estar en Vos como en mí, corrompida y culpable; pero está como instrumento de mi remedio; y por eso, cual la mía por quien me pierdo, me queréis Vos remediar. Curadme, salud verdadera; alumbradme, luz clarísima; levan-

tadme, grandeza divina; sustentadme, fortaleza soberana; dadme vida, vida eterna, pues os veo (siendo el Dios que adoro) hombre cercado de mis miserias, sin pecado, y lleno de todas las gracias y perfecciones para mi remedio.

La misericordia y amor que os obligó á haceros hombre, os obligue también á tener piedad de esta vuestra humanidad, en mí tan perdida, miserable y corrompida. Quisisteis, Dios mío, mostrar que cuanto hacéis en los hombres, ya lo hacéis como cosa vuestra; pues os hicisteis hombre. Ya curáis mis llagas como vuestras, tenéis cuidado de mí, gobernáisme, ayudáisme, remediáisme como vuestro, pues tomáis por honra de esa humanidad que todos los hombres sean como Vos queréis y pretendéis: puros, limpios, ricos, grandes y bienaventurados. Vuestro soy, Criador mío, vuestro soy todo por justicia, vuestro quiero ser por amor y voluntad de todo corazón. Véisme aquí: todo me llego á Vos: con esos sacratísimos pies me abrazo, pues todo sois mío: todo me rindo, para que toméis posesión del amor de esta alma. ¡Oh amor, haced en mí tal mudanza, que podáis también decir, toda eres mía, criatura mía! ¡Oh, si yo viese ya perfeccionado esto enteramente! Mas Vos solo lo habéis de hacer, luego divino; y todo me habéis de quemar, abrasar y convertir en Vos.

EJERCICIO DEL PRIMER TRABAJO

¡Oh, Hijo de Dios vivo! ¡Oh, Salvador y remedador mío verdadero! ¡Oh, única salud de mis males! Tan ansioso venís de las almas perdidas, tan deseoso de mostrar que amáis mucho á los pecadores y de satisfacer por ellos, tan hambriento de tormentos y cruces, que ni un instante queréis perder de tiempo sin trabajar por nuestro remedio. ¡Qué cierto es que si pudierais, y fuera conveniente nacer crucificado, entrarais en el mundo clavado en la cruz, y en ella vivirais hasta la muerte! Esta es la fineza de vuestro amor, esta la verdad de ese abrasado pecho y de esa pura amistad que nos tenéis. Mas ya que esto no puede ser, no queréis perder un momento de vida, ni pasarle sin pena, cruz y tormento; y mientras no llegaba el tiempo de la dura cruz de madera, no quisisteis que os faltasen jamás durísimas cruces de aflicciones, dolores y trabajos. No perdonasteis á esa humanidad en ese pequeño y tierno cuerpo que ahora formasteis en las purísimas entrañas de la Virgen Santísima. ¡Oh, cómo os abrasáis todo en obras del puro, fuerte y divino amor en que venís ardiendo! Así como no tuvisteis ese cuerpo por pequeño para henchirle de un alma bienaventurada, y juntarle á vuestra divinidad, así no quisisteis dispensar con él, teniéndole por grande para padecer, dándole á sentir junto lo que en todo el discurso de la vida ha de pasar: luego le mostráis las lágrimas, los sentimientos, las aflicciones, los fríos, las hambres, las asperezas, los cansancios, los sudores, las afrentas, las injurias y desprecios que ha de pasar; las sogas con que le han de atar; los azotes y espinas que le han de traspasar; la cruz y clavos que le han de descoyuntar; la hiel y vinagre que ha de beber; los gravísimos desamparos en que se ha de

ver; los inmensos y terribles dolores que ha de padecer, y la muerte cruelísima con que ha de acabar.

Todo junto quisisteis que luego, en el primer instante de ser formada vuestra santísima humanidad, lo viese, y todo junto le atormentase y afligiese, y aquellos tiernos miembros lo aceptasen; y no contento con humillaros, siendo Dios Eterno, á tomar nuestra carne, luego en ella empezasteis á padecer por mis pecados, y obedecer á vuestro Eterno Padre hasta la muerte de Cruz.

Si después, de edad de treinta y tres años, esta vuestra sacratísima humanidad, con la vista y memoria de estas mismas cosas, se vió en tan grande aprieto, aflicción y tristeza, que tuvo ansias mortales y padeció sudores de sangre, ¿qué pasaría ahora al entrar en el mundo con la primera vista de tan grandes mares de trabajos cuales había de padecer en toda la vida, siendo la representación tan clara, tan cierta y tan activa, como si ya lo estuviera padeciendo? Entiendo, Señor, que ningún trabajo vuestro fué mayor: pues para sentir las cosas ya sois humano, y para entenderlas con todos los quilates y peso de aspereza que han de tener, sois divino. Todo junto se os ofreció: todo junto lo tomasteis sobre Vos, y os atormentó y afligió: porque vuestro amor no sufría ya dispensar en vuestra humanidad, cosa que os diese pena y pudiese costar caro por mi amor. ¡Oh amor divino, que jamás sabes estar ocioso! ¡Cuántos ardidés hallas para manifestarte! ¡Ningún lugar, ninguna edad, ningún tiempo es impropio para tí y para manifestar tus obras! Mas porque padeciendo y penando te muestras mejor, ya que la edad y lugar te impide tormentos exteriores, hallas invención de cruces en lo interior, para arder siempre, para dar tus tesoros, y para manifestar tu eficacia, tu fuerza y lealtad con los que amas, y con los que deseas atraer á tí.

¡Oh miserable de mí, envejecido en pecados! Cuando veo esta prisa de padecer por mí, y ese ardiente deseo de remediarme, ese no sufrir detenciones en hacer mercedes, en esa que aún no se puede llamar edad, en ese tan pequeño cuerpo y miembros, que apenas pueden figurar humanidad, y en esa primera entrada del mundo; ¿qué diré? ¿Cómo no me arde de estar delante de Vos? Porque en cualquiera edad mía que me considere, me veo tan lleno de males y pecados, que ninguna edad parece fué en este cuerpo pequeña para dejar de ser gran pecador, duro y viejo en pecar; como en vos ninguna fué pequeña para padecer. En el vientre de mi madre, adonde aún no tenía fuerzas para nada, ya con el pecado original que en mi alma estaba, me parecía con el viejo Adán. Después de nacido, mientras no tuve uso de razón, aunque no sabía pecar, ya las inclinaciones de ira é indignación, de la mentira, de la envidia, de la soberbia, gula, y de todas las otras malas inclinaciones de este cuerpo, mostraban altas raíces en tierra floca; y en pequeño cuerpo, viejos troncos, larga y ponzoñosa rama de mal árbol. Pues llegando al perfecto uso de razón, cuando mi alma había de dar frutos por los cuales fuese este árbol conocido y juzga-

do, ¡oh piadoso Dios! ¡qué abominables frutos de males y pecados no dió! Oh misericordia infinita, que hasta ahora me sufriste, no me confundas; perdonadme en esta hora la furia con que desenfrené mis desordenados apetitos, y la desenvoltura con que solté las riendas á las malas inclinaciones, refrenadas hasta entonces por la edad.

¡Oh, cómo las solté á toda vanidad, á toda mentira, á toda pre-sunción, á todo mal pensamiento y deseo, á toda la hajeza y torpeza que, ó fuera ó dentro, reinaba en el alma! Tan olvidado de Vos, tan duro para vuestros consejos, tan ciego para vuestra doctrina, tan sordo á vuestros llamamientos, tan rebelde á la obediencia de vuestra ley, tan contento de mí y del mundo, tan fastidiado de las cosas del alma, tan asido á mí, tan apartado de Vos, tan lleno de amor propio, tan frío y desnudo de vuestro amor! Parecíame el tiempo corto para mis gustos: el mundo pequeño para mis codicias; sólo grande para servirle y para perderos por él. Estimé lo que aborrecéis: desprecié lo que estimáis: ninguna edad me pareció pequeña para grandes males, y toda me pareció flaca para vuestro servicio. Los males que la edad ó posibilidad no podían tener, los apeteció la voluntad. Siempre grande para pecar, siempre viejo en corrupciones, siempre desgraciado á vuestras mercedes, siempre frío, tibio, flaco, descuidado, olvidado, fastidiado, achacoso y rebelde para amaros, para entregarme á vos, para servirlos y obedeceros.

Vos, como verdadero amigo de mi alma y verdaderamente compadecido de mis llagas, no quisisteis esperar los días en que los cuerpos se van formando en los vientres de sus madres, hasta llegar á vivir; luego en el primer instante que entrasteis en el mundo, formasteis un cuerpo vivo y perfecto, lleno de vuestra divina Majestad, para gastar los días del espacio de la naturaleza en obras de amor y gracia, en sentimientos penosísimos por mí; y anticipó vuestro amor para mi bien, la obra y detención á todos natural.

Yo, bondad infinita, ni llegando tarde al uso de la razón, os conocí; ni viviendo, después muchos días, lleno de mercedes vuestras, os busqué, ni serví, ni amé; más contentéme con una fe tan fría, tan muerta, tan llena de malezas, que no hay en mí sino desventuras, por las que ya vos penáis. ¡Oh amor infinito! perdonadme; bien me veíais cuando tan grande amor me mostrabais; bien me conocíais cuando aceptasteis el padecer por mí, y porque sabíais que yo había de ser tal, no quisisteis perder hora ni tiempo en remediarne. Mudadme, Señor, para que, aunque tarde, os empiece á amar y obedecer. Dadme sentimiento de mi mala vida, y mudanza de toda ella en Vos y en vuestra obediencia. ¡Oh, quién jamás os hubiera ofendido! ¡Oh, si todas las horas gastara en vuestro amor y servicio! Si en la primera hora, Dios mío, que me vuelvo á Vos de todo corazón, luego me siento inflamado, mudado, aprovechado y diferente del que era, ¿qué tuviera ahora, si siempre hubiera gastado todas las horas de mi vida con Vos? ¡Cuán perfecto siervo vuestro fuera! ¡Cuán lleno de vuestro amor! ¡Cuán transformado en

vuestro espíritu! ¡Oh paciencia infinita, que me habéis sufrido! ¡Oh bondad infinita, que me habéis esperado! ¡Oh amor, que á Vos me llamáis, transformadme todo en Vos! Desde esta hora hasta el último suspiro, os ofrezco la vida y en Vos quiero gastarla. Pésame, Dios mío, de haberos ofendido: tomad en mí la satisfacción como fuere vuestra voluntad. El amor que tan encendido y apresurado fué en padecer por mí, ese abra en mi corazón una fuente de lágrimas, con que en todo el tiempo que me queda, lllore la vida pasada y gaste todas las horas en Vos. Oficio es este de ese amor, y en lo que yo por mis pecados he desmerecido, aconsejaos con él, y lo que por mí os pidiere, dádmelo en el resto de mi vida.

Pero ahora, Señor mío, quiero dejar mis males por vuestra cuenta (que sois su verdadero remedio) para acabar de ver y agradecer estas primeras é infinitas misericordias que me hacéis viniendo á la tierra. ¿No fuera, Señor, bueno, que gastarais estas primeras horas y días de vuestra entrada en el mundo, sólo con la pura alma de esa purísima Virgen que tan llena halláis de gracia, amor y pureza, y de quien tanto os complacisteis que os hacéis Hijo suyo? ¿Luego quisisteis que tuviese yo ahí lugar? ¿Luego tuvisteis memoria de mis miserias y necesidades? ¿Luego cuidáis de remediarlas? ¡Oh Pastor divino, y amigo verdadero de vuestras erradas ovejas! Venís á remediar pecadores, y no justos. Esa alma de la Sacratísima Virgen no pierde lo suyo, porque para todo tenéis largueza y bondad infinita. Ella también de los frutos de estas misericordias tiene su ser: mas Vos, que sois amor y sois divino, no sois particular ni propietario; todo os dáis á todos, y todo á cada uno. Tan cerca me tenéis ahí, y tan presente á vuestro amor y conocimiento, como al alma de la Virgen, á quien estabais unido por amor. ¡Oh divino amor, cuánto os debo! ¡Qué cosa puede haber en mí cuando veo y creo esto, que no arda en vuestro amor! ¡Oh frialdad, oh dureza mía! Deshacedla, Señor, con vuestro divino fuego, pues todo el bien que tengo me vino de ese amor que me mostráis; porque cuando aceptasteis padecer por mí todos los trabajos que vuestro Padre os representó en esta primera hora, luego con ese amor, con esa humilde obediencia, con esa perfecta resignación á la voluntad de vuestro eterno Padre, con esa pena y aflicción que vuestra humanidad ahí padeció, alcanzasteis para mí suficientísimamente perdón de mis pecados, luz de mis tinieblas, remisión de mis eternas penas, proporción de las temporales para merecimientos de glorias, la fe, la esperanza y la caridad que me disteis, la gloria que me prometisteis, la victoria de mis enemigos, la perfecta redención de mis males y de los cautiverios del alma. Luego me llenasteis de bienes; luego acabasteis perfectamente la obra á que veníais; de suerte que, si no hubierais hecho por mí otra cosa, bastantísimamente quedaba satisfecho y remediado.

Pues, amor divino, si esto basta para mí, ¿por qué á vuestro amor no le basta? ¡Oh Dios de amor! ¿Quién no te ama, ni te entiende, ni te sabe buscar? Aquello que bien sabe, no fastidia, antes

se desea y se alarga; y porque lo que más gusto os da es el bien que hacéis, sépoos tan bien esta tan larga, tan rica y tan cumplida comunicación de Vos mismo, y la entrega de vuestros bienes, que no queréis volveros al cielo sólo con este hecho; antes con él se os encendió tanto vuestra hambre, deseo y gusto (si así puede decirse), que quisisteis cebaros en hacerme mercedes y misericordias por espacio de treinta y tres años. ¡Oh, oh, oh amor! ¡Oh, oh, oh amor! Calle la lengua y el entendimiento; dilatáos Vos por toda esta alma, no sea tan helada y dura su frialdad que impida vuestras soberanas obras; abrasadme, ensanchadme, dadme fuerzas hasta que os ame mucho, hasta que me abrase en vuestro amor, hasta que os sirva mucho. ¿Cómo podré yo contentarme con poco por un tan grande amor, tan hambriento de mí bien y de hacer mucho por mí? ¿Qué diré, amor divino? Mi miseria y frialdad me confunden; pero en esta hora os doy cuanto puedo; fuerza tenéis para hacer conmigo lo que hacéis en Vos. Toda la vida, toda el alma, todas mis fuerzas, todos los sucesos y todas mis cosas os entrego. De todo, y de mí, y en mí, disponed como quisierais; ni queráis que yo quiera jamás otra cosa. A Vos sólo quiero, y a mí sólo para Vos; dadme tal hambre de Vos como tenéis de mí, para que siempre os ame y siempre desee amaros.

¡Oh Madre de Dios, Virgen purísima y sacratísima tesorera de estas misericordias! Amad por mí á este Señor, que en Vos me da tantos bienes; y pues mejor que todos conocéis el peso de estas obligaciones, alcanzadme perdón de lo pasado, cautivadme y atadme á este Señor ahora y en toda hora, y en toda la vida. ¡Oh corte celestial, que sois el fruto de esta nueva y divina planta de Dios Encarnado y abrasado en el amor de los hombres! Alabadle y amadle por mí, y con ese fuego suyo en que ardéis, abrasadme para siempre. Amén.

TRABAJO II

La estrechez y obscuridad del lugar en que anduvo nueve meses.

Fué el Hijo de Dios tan esmerado en buscar invenciones de padecer, que nos dejó muy obligados á la memoria de todas las particularidades de sus obras, para que las sepamos agradecer é imitar; y así su amor le hizo inventar un nuevo género de trabajo, que sólo él pudiese padecer, por medio de la estrechez y obscuridad del lugar en que anduvo nueve meses. No quiso que ninguna cosa le aligerase este trabajo, ni le faltó alguna que se lo pudiese hacer más penoso; porque de parte de la divinidad, á que estaba unida aquella sacratísima humanidad, no tuvo ningún alivio; que si bien el alma de Cristo por esta unión veía á Dios y era bienaventurada, y la naturaleza de las almas bienaventuradas, es beatificar sus cuerpos; todavía como el Hijo de Dios se hizo hombre para padecer, obró en sí mismo, en cuanto á esta parte, un gran milagro, que fué detener la gloria de su alma, de modo que no llegase al cuerpo, para que

aquella humanidad quedase en todo tan corporal y pasible como otra cualquiera. Por eso la divinidad, unida á la humanidad, le ayudaba y esforzaba á poder con muchos trabajos, y á padecer mucho más de lo que pudiera si no fuera de ella ayudada, pero no le daba alivio para sentir menos sus trabajos.

De parte de la persona de la Virgen nuestra Señora, en cuyo sacratísimo vientre anduvo, no quiso el Hijo de Dios tomar ningún alivio que le hiciese más ligero el trabajo corporal; que si bien aquella purísima alma era á su Majestad un paraíso de verdaderos contentos, más suave que lo que el terrenal fué para Adán, todavía esto era espiritualmente, en muchos bienes espirituales que el Señor comunicaba á aquella santísima alma, y en el perfectísimo amor que ardía en la Madre y en el Hijo, con el cual el Señor amaba á la Virgen y era amado de aquel purísimo espíritu; pero como el ser Madre de Dios no excusó á la sacratísima Virgen de ser humana, no dejó su purísimo vientre de tener calidades indispensables. Y aunque en la preñez, por ser del Espíritu Santo, careció del peso, flaquezas y otras miserias de las demás mujeres, en las otras condiciones humanas que no contradecían la perfectísima santidad y virginal pureza de la sacratísima Señora, fué igual á todos los hijos de Adán. Queriendo, pues, el Hijo de Dios Encarnado parecer hijo de Adán en todo, se sujetó á todas nuestras miserias, fuera de aquellas que no podía tener sin muestra de pecado.

De parte de su sacratísima humanidad, no tuvo cosa que le pudiese hacer menor este trabajo; porque como su sacratísima concepción no fué obra humana, sino divina, en el primer instante fué perfecta y acabada; porque en ese mismo formó el Espíritu Santo el cuerpo del Señor, en la más pequeña cantidad en que la naturaleza humana podía tener vida; pero en ser tan perfecto y tan acabado en todos los miembros naturales, cual ninguno otro cuerpo humano; y cuanto al alma, tan consumado en gracia y sabiduría, que no sólo excedió á toda criatura humana y angélica, mas fué tal cual se necesitaba para que la divinidad del Hijo de Dios se le uniese y tuviese por perfectísimo instrumento de las divinas obras, que había de hacer por aquel cuerpo para redención del género humano. Esta gracia y sabiduría fué tan grande, que no pudo crecer en Cristo; porque como era el mismo en el vientre de su Madre, que á la diestra de su Padre; y crecer en gracia y sabiduría, fuera adquirir lo que le faltaba, tan impropia le era esta falta en el vientre de la Purísima, como en la diestra del Padre.

De aquí queda entendido, que todas las demás humanas criaturas, si no sienten el trabajo del vientre de sus madres, es porque nuestro Criador, que en todo usa de bondad y piedad con los hijos de Adán, reprime el uso de razón en aquellos nueve meses, para que la naturaleza haga su oficio, y las criaturas no comiencen la vida en sentimientos. Pero el Hijo de Dios Encarnado, que tomó por medio principal de mostrarnos su amor el padecer mucho por nosotros, no quiso usar de esta dispensación y alivio, antes como

criador del mismo lugar donde estaba, y como conocedor perfectísimo de todo, padeció la pena del encierro, la estrechez y obscuridad del lugar. Y si cada uno pensase consigo cuán grande trabajo le sería, si Dios le obligase á volver al vientre de la madre con el entendimiento que tiene, y cuánto más ligero le sería pasar otro cualquiera trabajo de los hombres por excusar éste; por ahí vendría en algún conocimiento de cuánto costaría á Cristo pasarlo nueve meses con mucho mayor entendimiento, y más perfecto juicio que todos los hombres.

Pasmóse Nicodemus cuando Cristo le dijo, que sin volver á nacer no podía salvarse (lo que se entiende del nacimiento espiritual del bautismo); porque como no lo entendió en aquel sentido, tuvo por pasadísima é imposible obligación volver un viejo, entendido y experimentado en las cosas, á lo que un niño pasa en el vientre de la madre para nacer. Por eso N. P. San Agustín en el Cántico que con San Ambrosio compuso en el día de su bautismo, encarece esto con unas gravísimas palabras, diciendo á Cristo nuestro Señor: *Tú, para lomar y remediar nuestra humanidad, no te desdenaste del Vientre de la Virgen.* Y aun la palabra latina que dice *horruisti*, quiere decir más. De este lugar no se dignó Cristo nuestro Señor, mas le sufrió por nueve meses, con el amor con que padeció todas las demás penas que tuvo en el discurso de su vida, casi contando meses de pena por las horas que Adán tuvo de gusto en el Paraíso que perdió: porque Dios le crió para vivir en gustos espirituales, sin trabajos en el lugar de los deleites; y allí estaría cuando más, desde las ocho de la mañana, en que sería criado, hasta las cinco de la tarde en que acaso fué echado de él: pero el Hijo de Dios que buscaba para sí Paraíso en las almas, no le quiso corporal en la tierra; antes escogió vivir los primeros nueve meses en lugar tan lóbrego y estrecho, cual es un vientre humano: y no sólo no quiso acortar el plazo de los nueve meses, sino que si las otras criaturas están los primeros cuarenta días sin alma, esos quiso El llevar de ventaja en la vida, fuera del orden de la naturaleza, para llevar esos más en padecer.

Acomodóse en esto el Señor, á nuestro modo de entender, á las cosas de amistad cuyas demostraciones más ciertas son padecer y sufrir mucho por los amigos, y éstas tanto mayores las juzgamos, cuanto menos las merece el amigo. Así el Hijo de Dios, sin mirar á cuánto le desmerecemos, quiso mostrar en todas las horas de su vida la amistad que nos tiene, por diversas invenciones de padecer; para que los hombres que por su natural inclinación son conversables y propensos á tener amigos, ninguna amistad estimasen más que la suya, ni se aficionasen á otra conversación. Bien claro mostró el Hijo de Dios esta su intención en cuanto hizo por encubrir su Majestad, y abatir su persona. Porque el amor, como dice nuestro Padre San Agustín, no sabe qué cosa es majestad, porque ésta espanta y el amor convida. La Majestad quita la confianza para la conversación; el amor es en ella muy confiado; la Majestad aparta de sí á los menores, y

el amor iguala á los amados: por donde mal se atraviesa la baja de nuestra miseria á conversar con la bondad divina, si no usara de invenciones para encubrir su Majestad. Por eso hizo tanto caso de lo más bajo en nosotros, y lo abrazó de tal suerte, que parece no atendía á las divinas grandezas que pedían otros tratamientos.

Con esto se entiende claramente cuán poco apreciará Dios á la gente que hace mucho caso de sí. Alto es Dios, dice nuestro Padre San Agustín: si te humillas, se viene á tí; si te levantas, huye de tí. Bien es verdad que algunas veces es necesario encubrir la humildad y el poco caso que de su persona debe hacer el cristiano por respeto á los cargos, oficios, dignidades ó casos que suceden; pero delante de Dios y en lo interior, no quiera mayor señal para conocer cuán lejos ó cerca está del amor de Dios, que la mucha ó poca cuenta en que de verdad se tenga delante de El. Y porque en esto puede haber muchos engaños, pensando el hombre que se tiene en poco cuando en realidad reina en él secretamente la soberbia, debe tener una señal para entenderse; que si las cosas que le humillan le son agradables y sabrosas y se le van tras ellas el deseo y corazón, por el conocimiento interior que tiene de su baja y odio de sí mismo; y si las que le levantan le causan miedo y temor de descontentar á Dios, entonces parece que está el alma bien fundada; porque ésta tal, aun cuando conviene para gloria de Dios y bien de las almas ó del oficio, mostrando autoridad y estimación de su persona, se estará castigando y aniquilando delante de Dios con el espíritu. Mas si la alabanza y la honra le llevan tras sí el corazón, y con el vituperio y afrenta queda triste, descontento y lleno de enfados, indignaciones, y varios discursos que la naturaleza suele hacer en estos casos, mirando á lo mucho que se le debe ó á las calidades de su persona ú otros pensamientos que inquietan, entienda que le conviene llorar delante de Dios y pedirle espíritu de humildad; y conozca que si le faltan influencias del espíritu de Dios, es porque le falta también la disposición para el amor, que es pura y simple humildad; y que le conviene resolverse á no esperar del Señor que le acepte su amor, sino por los propios medios por donde El nos mostró lo mucho que nos ama.

No se pase en olvido cuán claramente mostró nuestro Señor que su mayor placer es estar cerca de las almas que tanto ama, ó por mejor decir muy dentro de ellas; pues es tan amigo de entrañas, que no hizo para sí (como para Adán) otro Paraíso terrenal, sino que se hizo Hombre en las entrañas, como más íntimas al alma; y subiéndose al cielo, se quedó en el Santísimo Sacramento en mantenimiento, para que por esta invención pudiese aposentarse en lo más íntimo de los que le desean.

Es verdad lo que dice San Pablo, que en la tierra y en las almas de que el pecado se apoderó, la gracia y el amor del Señor sobrepujó con ventajas; porque habiendo Dios criado al hombre para gustos y no para trabajos, luego le dió el Paraíso terrenal, lugar que por los placeres era acomodado á su intención, y habiéndole

perdido por la culpa, y condenado el género humano á penas y tormentos por la divina Justicia, no quiso el Señor mudar de su intención; antes restituyó á los hombres el bien perdido, y recompensó los males en que cayeron, haciéndose él mismo nuestro Paraíso. La luz y gloria del cielo, dice San Juan, es el Cordero de Dios; El es el que hace el Paraíso abastecido de todos los bienes, pues los tiene consigo y en sí, donde quiera que está; por lo cual fué tan amigo nuestro, que hizo de nuestros interiores su Paraíso, mostrando que sólo de ellos gustaba para que por esta invención, las almas que le aman vivan en El como en verdadero Paraíso: y si de él fueron echados por sus culpas, queden ciertos que á él serán admitidos por la penitencia y el amor. En él seremos sustentados con el fruto de vida, enseñados con eterna sabiduría, abrasados con fuego de divino amor y enriquecidos con soberanas transmudaciones. El que con buenos ojos y limpio corazón mirare estas invenciones del amor de Dios, podrá con razón decir como David: *Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo*. La carne, no sólo por verse unida al Verbo divino, sino también por verse escogida para recibir dentro de sus entrañas á este divino amigo: el corazón, por verse en la tierra capaz del paraíso celestial, que aunque en el modo es diferente, en la prenda es del mismo precio y estimación; pues Cristo fué servido de querer ser la prenda y el paraíso.

EJERCICIO DEL LUGAR EN QUE EL SEÑOR ANDUVO NUEVE MESES

¿Quién podrá, Señor mío, comprender los consejos de vuestra eterna sabiduría? Adoro y glorifico cuanto puedo, y deseo poder adorar cuanto merecen las admirables obras que el infinito amor que me tenéis, os mueve á hacer por mí. Deseo con todo corazón amaros por ellas y servirlos, y entregarme todo á Vos en todas las horas y momentos de mi vida, pues todo es poco para lo que merece la bondad infinita que conmigo usais. Venís, Hijo de Dios vivo, del seno del Eterno Padre en que vivís y en que estáis, Verbo eterno divino, igual á El en la divinidad, en la Majestad, poder, grandeza, bondad, sabiduría, gloria infinita y eternidad de bienes: venís á juntar á Vos esta naturaleza, y no os desdenáis de andar nueve meses en las entrañas de una criatura humana; la cual, aunque en el alma era santísima, no carecía su sacratísimo vientre de la obscuridad y estrechez de las demás humanas criaturas. No hay aquí, Dios mío, sino pasmarse, adorar y amar la riqueza de vuestra infinita bondad y amor, que tanto os humilló por mí.

Hasta en esto quisisteis, Dios mío y mi Señor, padecer lo que las criaturas no padecen. Porque Vos, Criador mío, que pesáis los trabajos que dáis con misericordia, conociendo cuán gravísimo trabajo sería para una criatura racional, tener en el vientre de su Madre perfecto uso de razón, con que sintiese la obscuridad, estrechez y miserias en que anda nueve meses; no quisisteis dar principio á nuestra vida con tanto trabajo, y represasteis el uso de razón é hicisteis que, por entonces y aun después de nacidos, hasta que el

cuerpo tenga alguna manera de fuerzas para las obras racionales, no nos entendiésemos ni lo sintiésemos. Hasta en esto fuisteis para nosotros blando, suave y piadoso Padre: y sólo para Vos, hermosura eterna, sois riguroso y áspero; y Vos solo, entre todos los hombres, quisisteis pasar, por ellos y por sus pecados, esas estrecheces y la obscuridad del lugar que ellos no conocen: ahí anduvisteis nueve meses, tan lleno de eterna sabiduría y tan perfectísimo en todos los dones de gracia, que ni ahí tuvisteis menos, ni nunca tuvisteis más de lo que ahí tenéis. Bendito, alabado y glorificado seáis por tan grandes misericordias. Oh, como entráis, vida de mi alma, amigo de padecer, y buscáis tantas invenciones de pasar trabajos, que ninguno sino Vos pueda tener. En todo queréis vencer á todos: en amar infinitamente, en humillaros mucho, en padecer mucho, en mostrar en todo que no tiene esta alma otro amigo, otro padre, otro refugio verdadero, sino Vos. ¿Por qué no os amo, Dios mío, de todo corazón? ¿Por qué tengo por mucho, cuanto padezca por vuestro amor? Con Vos no usáis de peso ni medida, pues la medida de vuestro padecer es vuestro amor, y conmigo sois blando y me dáis trabajos proporcionados á mi corta medida; y todavía, Dios mío, me quejo y rehuso pasarlos, y trabajo por desecharlos de mí. ¡Oh, cuán poco os amo y cuánto debo amaros, buen Jesús, vida de mi vida y toda mi bienaventuranza! Mudad, Señor, el delicado amor de esta carne, en fortaleza y deseo de padecer por Vos. Enseñadme á aborrecerla; y pues en Vos la veo así tratada, desde el ser concebido hasta la cruz, quitadme el amor de ella, pues me destruye y me hace perder todos los bienes que me dáis; sujetadla Vos, Señor, al espíritu como Vos queréis.

Pero, vida de mi alma, gloria del paraíso, bienaventuranza y riqueza soberana del cielo, ¿cómo al primer hombre Adán le hacéis luego perfecto y le ponéis en el paraíso de placeres, sin miserias; y á Vos, reparador nuestro y Padre verdadero, os ponéis en tanto trabajo? ¿No hay para Vos un paraíso donde estéis y nos llevéis á tratar con Vos fuera de estas miserias, pues Vos, bondad infinita, no le habíais de perder como Adán? ¡Oh, reconecedor sapientísimo de mis necesidades! ¡Oh, remediator piadosísimo! ¡Oh, divino Maestro de mis ignorancias, Redentor y médico prudentísimo de mis llagas! Bien mostrasteis en Adán que vuestro gusto y vuestro deseo no era dar trabajos, sino placeres que conservasen á los hombres sin penas ni dolores; criarlos en paraíso como príncipes, para que llegasen á ser reyes de la gloria; mas no os tanto bien para tan flaca y baja naturaleza. Y ya que en placeres se perdió el primer Padre, conviene que vivamos y nos ganemos en trabajos. Obligado de la necesidad, y para que tengamos remedio para alcanzar la salud, nos traéis en esta escuela de trabajos, porque ellos nos humillen y nos hagan reconocer vuestra obediencia y el amor que nos tenéis. Aquí nos venís á buscar, Dios de mi alma, aquí nos venís á consolar, y aquí venís á ser atribulado con nosotros; y si á mí me dáis un azote, Vos tomáis ciento; y si me traéis en penas, cargáis sobre Vos las

mías y las de todos los hombres; de modo que vuestro paraíso y vuestros placeres son remediarme, enseñarme, acompañarme y enriquecerme con Vos.

¡Oh infinita misericordia! ¡Córrome y confúndome de aparecer delante de Vos, cuando me veo y cotejo con Vos! ¡Oh, cómo se conoce que soy hijo del primer pecador Adán! ¡Sin estar en paraíso, quiero yo hacerle de la tierra que es lugar de lágrimas y trabajos! Así amo las cosas de esta vida, así me pierdo por ellas, así me llevan tras sí todo el cuidado, sentido y gusto, como si fuesen bienes verdaderos y eternos; por ellas me pierdo y os pierdo, vida de mi alma. Vos ninguna parte de la vida quisisteis tener sin inmensos trabajos, y yo en todas las horas de la vida querría tener gustos; hago de las criaturas dioses, pues el amor que á sólo Vos, Dios mío, os debo, os lo quito y lo doy á ellas. Y no contento con esto, sirvo á vuestros enemigos, y tantos señores reconozco en mi alma, cuantos pecados cometo contra Vos. ¡Oh desventuradas horas tan perdidas y tan mal gastadas en tantas abominaciones y desdichas, cuantas Vos veis y yo no me atrevo á pronunciar! A Vos, Dios mío, las presento, á Vos las confieso. Curadlas y apartad de mí el amor de ellas y del mundo, por vuestra misericordia; reformad este tan perdido interior; recogedle todo en Vos. ¡Oh, quién nunca os hubie-ra ofendido! Sea, Señor, para mí, de aquí adelante, hiel y vinagre todo lo que hay en el mundo, y sean para mi placeres el humillarme y padecer con Vos. Vencisteis en humillaros mucho más que todos; vencedme también en humillarme, en rendirme todo á vuestro servicio, en darme vuestro amor, en mudar todo el gusto, todo el sabor, todo el cuidado en Vos, mi buen Jesús.

¡Oh verdadero amigo de mi alma, cómo os parecéis todo á Vos, hermosísimo, amorosísimo y bonísimo Jesús! Hermoso en vuestros principios, hermoso en los medios y hermoso en los fines: todo uno, todo suave, todo lleno de misericordias y de amor. No quisisteis al entrar en el mundo rehusar el lugar de las entrañas humanas nueve meses, porque os creyese cuando me dijisteis que os había de recibir en alimento para teneros en las mías. Para las mías, Dios mío, os acostumbráis ahí; y con eso me hacéis creer que también queréis que os traiga en mis entrañas. En las santísimas de vuestra purísima Madre os hicisteis Hombre, para que os podáis hacer manjar y pan divino, y morar en las mías. ¿Qué es esto, Dios mío? ¿No sólo en la tierra queréis humanas entrañas, sino también después de estar en el cielo las buscáis? ¿Tan dentro de mí queréis estar, tan asido á mi interior, dentro de este pecho corporal y mucho más dentro de esta alma que criasteis para Vos? ¡Oh, cómo es verdad que vuestros placeres son estar con los hijos de los hombres! ¿Qué halláis, Señor, en mí, para que tanto hagáis por estar en mí? Vuestra riqueza toda la tenéis con Vos: ¿pues qué más veis en mí, para que no os quietéis de estar solo con Vos, y me queráis á mí, lleno de miserias y pecados? Vos sois el Paraíso de todos los bienes. ¿Qué buscáis en mis miserias? ¿Cómo puedo yo ser paraíso del Paraíso

de infinitos bienes? ¡Oh, si me diésteis vuestra luz para entenderos, y vuestro amor para abrazaros y estrecharme con Vos! Por ser Vos, buen Jesús, Paraíso, por eso queréis estar conmigo, y mostrar en mí vuestras misericordias, para que así estando yo en Vos, me balle en el Paraíso, recibiendo de Vos frutos de vida, de sabiduría y de amor, comunicándoos todo, y dando á mi alma vuestras suavidades y riquezas!

¡Oh Dios mío y todo mi bien! Concededme que me alegre solo en Vos sobre todas las cosas, sobre toda salud, sobre toda hermosura, sobre toda gloria, sobre toda honra, poder, riquezas, artes, placeres, fama, alabanzas, sobre toda suavidad y consolación, y sobre cuanto me podéis dar, visible é invisible. Tú eres bueno sobre todo; tú sólo altísimo, poderosísimo, hermosísimo, amorosísimo, gloriosísimo, nobilísimo. Tú eres el verdadero Paraíso de todos los bienes y placeres; sin ti el Paraíso es destierro. No puede mi corazón tener verdadero descanso, sino en Vos; y porque lo sabéis, buscáis tantas invenciones para estar en mí, para que así pueda y esté yo en Vos; y ya que yo no os busco, Vos me buscáis á mí, y os venís á mí, y me amenazáis con la muerte si me aparto de Vos. ¡Oh esposo de mi alma, Jesús, amador purísimo! ¿Cuándo me verá libre de mí, para estar todo en Vos? ¿Cuándo llegará aquella dichosa hora, en que todo me ocupe en Vos, y vea cuán suave sois? ¿Cuándo me recogeré todo á Vos, de suerte que no me mire á mí, sino á Vos, poseído todo de vuestro amor? ¡Oh, cuántas cosas me hacen gemir, que de Vos me apartan, me perturban, entristecen, obscurecen, distraen, ahogan y me quitan la libre entrada á Vos, y el no gozar de vuestros suavísimos abrazos! ¡Oh Jesús, resplandor de la gloria, consolación del alma peregrina: aquí estoy ante Vos tan miserable, que no sé hablar; pero mis necesidades claman al dulce amor que os trajo al claustro virginal de vuestra Madre, y os dan voces por mí! Oídas, Señor, y no tardéis en venir á este vuestro pobre é indigno siervo, y alegradle con el paraíso de esos vuestros bienes. Vos sois mi alegría, y sin Vos no puedo estar verdaderamente contento. Miserable soy, Señor, y preso de mis ceguedades, hasta que me mostréis vuestro rostro, y con él me libréis de mí. Busquen los demás lo que quisieren; y á mí nada me satisface ni agrada, sino Vos, Dios mío, amor de mi alma, mi esperanza y toda mi salud. Venid ya, Señor, á mí: y si tanto deseáis estar conmigo, vedme aquí: apareced, suave Jesús, á este corazón y decidme: *Yo soy tu salud*: mudadle y abrasadle todo en Vos, ¡oh mi amor, mi gloria y suavidad!

¡Oh Madre de Dios sacratísima, Virgen purísima y riquísima de Dios, que merecisteis ser tesorera de los bienes de Dios tantos meses! No tenéis este bien sólo para Vos; para mí le guardáis, para mí le criáis, para mí os ha sido entregado. Sed, Señora, conmigo liberal: dadme ese Señor: unídmelo todo á El; desprended de mí todo aquello que me aparta de El. Y pues El no tiene disgusto de las entrañas, sino de las culpas, purificadme para que merezca tenerle siempre en mí. ¡Oh celestiales ciudadanos en que este Señor ya reina y vive

sin impedimento, y que en El vivís seguramente: alcanzad á este miserable un ascua de ese fuego que os abrasa, para que en mí prenda y se encienda, hasta llevarme á vuestra compañía. Amén.

TRABAJO III

Tener represada por algún tiempo la fuerza del amor, sin manifestarse en otras obras.

EL abad Guarrico apuntó un trabajo que Nuestro Señor pasó en los nueve meses que anduvo en el vientre de la sacratísima Virgen, muy propio y muy natural del inmenso fuego de amor que ardía en el pecho de este Señor: el cual trabajo fué detener y represar la fuerza y vehemencia de su amor, de suerte que no se mostrase, ni hiciese por algún tiempo las obras á que venía al mundo.

Tiene el amor naturaleza de fuego, que es el más pronto y operativo elemento; y por eso se llama Dios fuego consumidor, por las obras de amor que ha hecho y hace, tan fuera del humano juicio y del terreno entendimiento, que si no tuviera por razón al infinito amor de que proceden, parecieran impropias á la Mjestad de su divino Autor. Corresponden con propiedad al amor divino todos los nombres de poder y grandeza, como son fuerte, pronto, invencible, todopoderoso, vehemente, inflamador, transformador y todos los demás de esta calidad: porque el eterno y soberano fuego ardentísimo de que proceden, y las obras que en Dios y en sus criaturas hace, son clarísimas demostraciones de cuán propias le son éstas y todas las demás perfecciones. Y así como el fuego donde halla más fuello materia, allí con más fuerza muestra su eficacia, así el amor, dando en la grandeza y majestad del divino pecho, no puede el humano juicio comprender la fuerza con que arde. En este fuego ardía el Verbo Divino, ya Encarnado en el vientre de su sacratísima Madre; allí estaba esperando los espacios y dilaciones de la naturaleza para salir y manifestarse en divinas obras, en soberanas doctrinas, en inmensos excesos de padecer y en larguísimas corrientes de favores. Ardía por acabar sus obras: y era necesario estar algún tiempo encubierto y disimulado, y esperar meses y años á que llegase la conjunción que en su eterno consejo estaba determinada. Por eso la fuerza de este amor represada se volvía contra el mismo divino Señor; á El le afligía, á El atribuía y consumía.

Si es verdad, como lo es, lo que dice la Divina Escritura y la experiencia enseña, que la esperanza dilatada aflige al alma, y cuanto la cosa esperada es de mayor gusto y estimación, más aflige su tardanza, ¿cuánto afligiría á este Señor la lentitud con que la naturaleza procedía en formar aquel cuerpo en que esperaba mostrar los gustos de su corazón en las copiosas mercedes que por él nos había de hacer, y en lo mucho que determinaba padecer para satisfacer la fuerza de su amor? Nuestro Padre San Agustín dice una cosa que realiza mucho esta verdad: Que si Dios, como tal, pudiera pa-

decer, ninguna cosa fuera bastante para atormentarle, sino sufrir las angustias de su amor. Y esto dice para encarecer cuánto descontentan á Dios los que no emplean en El su amor. Y así, parece que un Dios tan amoroso, que es el mismo amor, ningunas mayores angustias y agonías pudiera padecer, si fuera posible, que no ser amado, haciendo tanto por serlo; pues pareciera que daban en vano todos sus cuidados y los trabajos que pasaba, si las almas fuesen tan ingratas que no le correspondiesen con amor. De este espíritu y entendimiento del inflamado Agustín, tan experimentado en afectos del divino amor, queda entendido, que pues á Dios (si pudiera padecer) sólo le diera trabajo la angustia de su amor en no ser amado, mucha mayor pena le daría si amando mucho no pudiera mostrar lo que amaba.

Estas angustias que Dios no podía padecer en la divinidad, las sufrió en su humanidad, porque como la había tomado por instrumento de mostrar su infinito amor, le daba gran pena todo el tiempo que era necesario esperar, deteniendo la vehemencia del amor que deseaba manifestar. Bien se vió esta verdad cuando legó el tiempo de soltar Dios su amor; pues de tal suerte trató á su humanidad y buscó tales invenciones para padecer, que primero agotó la naturaleza su posibilidad, que la vehemencia se causase de manifestarse por ella. Parece, pues, que viendo el Señor cuánto menos podía padecer su humanidad, que el amor obrar, buscó antes de la Pasión una invención de quedar en la tierra hecho mantenimiento, por el cual pudiese hacer en las almas de sus amantes lo que faltaba á la flaqueza de la humanidad; y aun después de muerto, quiso que en la cruz le abriesen el costado, para subir al cielo con esta llaga, además de las abiertas en los pies y manos, en satisfacción de su gusto de padecer, y en señal de que por él nada quedaba, pues dejaba abiertas estas fuentes de gracias.

Dos cosas hay en la tierra que por experiencia muestran esta verdad: el amor santo de los justos y el amor terreno de los mundanos. El amor puro y perfecto de los justos, que es una sola ascua participada del incomprensible horno de amor divino en que Cristo nuestro Señor ardía, hace en ellos muchas operaciones semejantes, porque continuamente los atormenta y hace vivir en pena. Penan, porque no ven al que aman, porque se les dilata el destierro, por el peso y gravedad de la carne, porque no pueden con la prisión del cuerpo acudir á cuanto el amor les pide. Así se ve que pierden el gusto de los sentidos, el sueño, el comer y el reposo corporal muchas veces; porque les tira tanto el amor divino, que no les deja cosa que no quiera ocupar e i sí. Todo cuanto hacen les parece poco; arden por arder en todo; y como el alma presa en la cárcel del cuerpo no es tan libre para lo que pide el espíritu, viven siempre penando. Y bien se ve lo que esto les cuesta; porque, por la mayor parte, los que llegan á tal estado están flacos, debilitados y con salud quebrantada. Los particulariades y secretos de esto no son para aquí ni para toda gente; los experimentados saben cuánto

atormenta y crucifica el amor á las almas que más poseé, y ellos conocen cuán mal pueden declarar por palabras la alegría y paz en que viven, mezclada con penas y tormentos, y cuánta más paciencia necesitan para sufrir la vida y peso de la carne, que los trabajos del mundo. Alguna cosa de esto dijo San Pablo, cuando se llamaba desventurado, porque no podía llevar el peso de la carne á todo cuanto el espíritu le pedía; y cuando viéndose tan preso de Cristo, que sólo en El vivía, tenía por mayor ganancia de la vida el acabarla. Y cuando David consolaba la tristeza de su alma con esperanzas de que se ocuparía siempre en loores del Señor; cuando su mantenimiento eran las lágrimas; cuando todo su interior y exterior de día y de noche le andaba atezando, preguntándole por su Dios, y dónde estaba aquel á quien amaba y no veía; bien mostraba cuánto más le dolían estas penas del amor de Dios, que los trabajos que había tolerado en su vida. Pues si tanto cuesta á los Santos no poder con una asena de amor, y si el sentirse en esta vida impedidos por no poder explayarse y dilatarse cuanto el amor puede, les hace el desterro insufrible, y la vida pesada, ¿qué haría aquel inmenso fuego en el pecho de Cristo en el tiempo que era necesario esperar para lo que quería ejecutar?

Del amor natural y terreno no hay quien no experimente con cuánta furia corre á lo que ama; de él nace la tristeza de que le falte; la esperanza de verlo, el gusto de gozarlo, el temor de perderlo y la pena de haberlo perdido. No mira á la cualidad de la cosa amada, si es buena, ó si es mala; sino que en aficionándose á ella, todo trabajo le parece poco por alcanzarla; todo lo que la impide, lo tiene por intolerable; todo lo que la ayuda, por bueno; y sin más razón que el afecto, por todo pasa, por todo rompe, todo lo acomete, y sólo siente no alcanzar lo que desea. Muchas veces vemos en aquellas cosas que el juicio libre y claro más condena, hallarse el corazón aficionado más ciego y más duro para el consejo y remedio. Esta furia con que el amor estrecha, se conoce mejor cuando el hombre, alumbrado de Dios en alguna manera, desea desprenderse de lo que mal amó, para llegarse de todo corazón á Dios; porque allí rompe el corazón mal acostumbrado todos los lazos y cadenas; salta y da coces contra la verdad y contra Dios, como una bestia indómita.

Dejo las menudencias de esto á la cotidiana experiencia; basta saber que los trabajos de las humanas ocupaciones, las penas y aflicciones en que continuamente se vive, sólo tienen su raíz en los afectos del corazón; porque, ó ama más de lo que puede alcanzar, ó los sentidos interiores y exteriores no hallan descanso en lo que desean y poseen; ó la afición y amor es mayor que las cosas amadas, y así andan los corazones ardiendo en deseos desordenados y pensando con la falta; disponiéndolo Dios, para que se cumpla la ley justa que tiene puesta contra los que no le aman, de que el corazón desordenado sea pena y castigo para sí mismo. Pues si tantas agonías causa un terreno amor (que viene á ser como rasgo

y borrón del verdadero amor, y como fuego pintado en comparación del vivo), ¿qué obras haría el vivo y puro fuego de amor en la propia esfera donde nace, que es el divino pecho de Cristo, en el tiempo que se vió dilatado ó impedido para lo que deseaba?

Dando á esto otra vuelta, es gran confusión para un cristiano mirarse en estos espejos de amor; porque si tuviese los ojos abiertos, y se cotejare con el amor divino de Cristo, vería cuán bien se explicó nuestro Padre San Agustín, cuando dijo del tiempo que anduvo sin amor de Dios, «que se vió en una región de desemejanza»; porque como toda la nobleza del alma es parecerse con quien la crió, así en las perfecciones como en las operaciones de ellas, huyendo como hijo pródigo y desbaratado de esta región de la semejanza de Dios, ¿dónde se hallaría, sino en otra muy apartada de confusión y desorden en que no veía cosa parecida á la pureza de su Criador? Y si la ceguedad del alma fuere tanta que no sepa entender el amor de Dios para entenderse á sí; por sí y en sí verá, si quisiere, cuán lejos está de su amor; porque en sus terrenas aficiones, en el trabajo que toma para satisfacerlas, en el disgusto de no conseguirlas, en la furia con que se arroja á ellas, en el empeño con que de ellas trata y en lo demás que hallare, verá cuán preso está de sí, cuán olvidado de Dios y de la salvación, y cuán poco, ó cuán nada hace por el amor de aquel Señor por quien vive y á quien debe cuanto tiene y cuanto puede esperar.

EJERCICIO DE LOS NUEVE MESES QUE EL SEÑOR TUVO REPRESENTADA LA FUERZA DE SU AMOR.

¡No podéis estar ocioso, fuego y amor divino! Cuando parece que no hacéis nada, tenéis interiormente más tormentos; porque cuando no hacéis vuestras obras, parece que no os pueden llamar fuego y amor. Sois, mi buen Jesús, Dios de amor; sois el puro fuego y amor divino; todo ardéis, ni habéis menester otro verdugo, sino vuestro amor. ¿Qué aprietos son estos en que os pone vuestro amor, vida de mi alma? Descansad ahora; holgaos, que tiempo vendrá en que os hartéis de padecer. ¡Oh amigo verdadero de alma! No es esta vuestra condición, porque siempre cansa, se siente y aflige mucho el dilatarse lo que mucho se estima y se desea. Estimáis y deseáis tanto hacermé mercedes, dar por mí vuestra sangre, morir y padecer por mí, gastaros todo en mi amor y remedio, que mientras esto se os dilata, ardéis, pensáis, suspiráis y os afligís. Deseáis descubrirnos al mundo, y es preciso estar escondido; deseáis enseñar vuestras verdades, y es forzoso estar llamado; deseáis llamar y recoger á los pecadores, curar á los dolientes, llenarlo todo de vuestras virtudes y mercedes, padecer y morir por el género humano; y es preciso estar por ahora encubierto y disimular. Obedecéis por amor el orden del Padre Eterno, y obedeciendo deseáis, y deseando pensáis con las lentitudes y detenciones de la naturaleza. Ya que no podéis trabajar en las obras que tenéis por hacer, pensáis en sufrir que se dilate

aquello para que venís. ¡Oh, cuán mal entendido está de los amadores del mundo este vuestro género de trabajo! Quien os ama, os entiende. Si vuestros siervos, buen Jesús, á quienes inflamáis con puro amor, viven siempre por amor en pena por ver la perdición del mundo, porque se les alarga el destierro, por el aprecio y deseo que en ellos arde de vuestra gloria y del bien del prójimo; y si es para ellos un continuo martirio la falta de fuerzas que en sí sienten, para lo que el amor y deseo de poseeros les pide, ¿qué pena os daría á Vos, Señor mío, amar mucho, desear mucho y esperar mucho, ardiendo en ese divino pecho un horno inmenso de divino fuego, cuando sólo las chispas que de él saltan á los corazones de los vuestros hacen tan vivas operaciones? Bendito, alabado y glorificado sea vuestro santo amor, Dios mío, Señor de mi alma. Ya que tanta pena os da vuestro amor en esperar estas necesarias dilaciones de sus obras, aquí tendís en qué emplearos, aquí está mi alma ante Vos, tan miserable y pecadora, que sólo de vuestro amor espera el remedio. Poned, Señor, los ojos en mí, y tened piedad de la destrucción que acá dentro veis y de las llagas mortales que esta vuestra criatura padece.

¡Oh, cuán lejos estoy, Dios mío, de ese vuestro amor! Los efectos que en Vos hace para mi bien, causa en mí el amor del mundo para apartarme de Vos. A las cosas terrenas corro con furiosa afición; entristézcome si se me retardan; aflíjome si no las logro; desconsuélome si no ceden á mi gusto; espérolas con deseo; búscolas con mucho cuidado; guárdolas con mucha afición; piérdolas con mucha pena, porque todo me tienen robado, todo poseído, todo apartado de Vos. Oh miserable de mí, que aunque conozco esto, no me entiendo perfectamente; porque si me conociera, reventara, Dios mío, de dolor, de ver cuánto menos os estimé á Vos, gloria mía y bienaventuranza mía, que al mundo; y cuántas veces os dejé por mis gustos. ¡Oh amor divino, cuánto te debo! ¿Qué sería de mí, si no fueras infinito, porque menos que infinito y divino no me pudierais sufrir! ¡Cuántas veces, Dios mío, entrasteis en esta alma con vuestros dones y con deseo de tratarme y llenarme de bienes; y llegando cualquier deseo de cosa terrena, os eché fuera de mí, sin vergüenza, sin aprecio, sin respeto, por dar entrada á mis terrenas aficiones! Cuando me hallo perdido por ellas, y me vuelvo á Vos, luego os hallo padre y amigo, olvidado de mis males; luego me recibís en vuestra gracia; luego abrazáis mi alma con amor; luego me inspiráis consejos de salud; luego volvéis á mi interior; y ni aun así me doy todo á Vos. Vuelvo á cada paso á perderos, á echaros de mí, arrojáros de mi corazón por mis pecados, de los cuales gusto más que de Vos, pues por ellos os dejo. ¿Cómo vivo, Dios mío? ¿Cómo estoy delante de Vos, confesando estas verdades de mis males, sin dardirme todo de dolor? ¡Oh misericordia infinita, oh piedad inmensa, oh bondad eterna, con cuánta razón me pudierais ya tener apartado de Vos por muchas veces, arrojado en el infierno y entregado á los demonios! Pero sois tan infinito, que calláis, sufrís, es-

peráis, y os dejáis injuriar de mí, y deseáis que os vuelva á querer, y llamar, para socorrerme prontamente.

¡Oh vida de mi alma, cómo quedo cuando de mí os arrojó! Quedo sin vida, sin salud, sin luz, sin amor, entregado á mis pecados y al demonio, cuya voluntad hago. ¿Qué digo, buen Jesús? Quedo sin Vos, Dios mío, todo mi bien, y mi esperanza toda. ¡Oh pobre de mí, desventurado de mí, cuándo se acabará esta desdichada peregrinación, y me verá seguro de no perderos! Perdonad, Señor; perdonad, Jesús; perdonad, hijo de Dios vivo; perdonad, Cordero de Dios, con misericordia lo que veis en esta triste alma. Derrétidme todo en dolor y sentimiento de mis males. Aquí los pongo todos juntos, y á mí con ellos, delante de este fuego que en Vos arde: curad, Señor, estas llagas; mudadme y transformadme todo en vuestra voluntad. Aquí ocupaos, aquí arded, aquí satisfaced el deseo de hacer vuestras obras. ¡Oh, cuándo me verá tan poseído de vuestro amor, que de verdad os diga mi alma, toda presa de Vos: Vos sois mi Dios, mi amor, mi Señor, todo mío, y yo todo vuestro! ¡Oh, cuándo ninguna cosa estimaré, ni desearé sino á Vos, vida mía bienaventurada! ¡Oh, cuándo me cansarán las cosas de la vida, y las aborreceré tanto, cuanto gusté de ellas y las deseé! ¡Oh vida de mi corazón, arda en esta hora mi alma en deseo de teneros y amaros! Encended, Señor, este fuego, que siempre arda, para siempre dure, y no se apague en las pruebas del verdadero amor.

¡Oh mi fuego, oh mi suave amor! ¿Qué queréis que haga por Vos? Conviértase todo lo que hasta ahora amé contra mí, y conviértase todo mi corazón á Vos. Con todo quiero tener guerra; solo con Vos paz y amistad; todo lo renuncio por amor de Vos, y á solo Vos quiero: á Vos me rindo todo, todo me ofrezco, todo me entrego. Castigadme, atribuladme, crucificadme y haced de mí cuanto quisierais; pero prendedme, poseedme y cautivadme de Vos, amor divino. Enseñadme, Señor, á sufrir la carga y peso de esta carne, sin perderos y sin ofenderos. Enseñadme á padecer mucho por Vos; enseñadme á estimaros. Sólo sea pena para mí el perderos: sólo ganancia amaros. Las cosas que de Vos me apartan, me disgusten, y las que á Vos me llevan, me aficionen. Sed Vos el único amor mío y el fin de toda mi vida, de todos mis deseos y mis obras. A Vos busque, á Vos halle, á Vos vaya, á Vos llegue, á Vos sólo desee y á Vos sólo posea: y todo lo que Vos no sois, desde ahora para siempre me fastidie. Poned, vida mía, en Vos todo mi sentido y cuidado desde esta hora para siempre. Sea sólo gusto para mí padecer mucho por Vos, estar siempre entregado y sujeto á Vos, y dejarme tratar de Vos á toda vuestra voluntad. Olvidaos, Señor, de mis males pasados, mirad el deseo que ahora me daís y ahora tengo de Vos; y pues probasteis bien cuánto cuestan deseos dilatados, no tardéis, mi buen Jesús, de venir á mí y convertirme todo en Vos. Venid, Señor, y con vuestra presencia alumbra las tinieblas de esta alma, y haced que no haya para mí mayor pena que vuestra tardanza, y el no veros entregado todo de mí. ¡Oh amor divino, cuándo haréis estas tus obras

en mí ¡oh amor, no sea todo ocuparte en atormentar ese Cordero; empénate en transformar en tí este fiero lobo; amansadle, sugetadle á Vos, y traedle siempre á vuestra disposición: ¡oh, si me viera algún día mudado del todo y poseído de Vos!

Qué mucho, Dios mío, que desee yo ocuparme todo en Vos, pues fuera de Vos todo me pierdo, y á Vos os veo todo ocupado en mí, sin que tengáis más ganancia que el gusto de amarme y de hacerme bien. ¿Por ventura, buen Jesús, estuvisteis ocioso nueve meses, aunque no hablábais, ni os mostrábais, ni padecías por mí lo que deseábais? No por cierto. Todo ese tiempo le gastasteis. vida de mi alma, en sentir mis males, en ofreceros por mí á vuestro Eterno Padre, en alcanzarme y merecerme misericordias y beneficios infinitos. Ahí me teníais presente, ahí me amábais, ahí me llamaba ya vuestro amor á la unión y servicio vuestro; cada gota de sangre que en vuestro Cuerpo crecía; cada mantenimiento que para substentar esos tiernos miembros tomábais; cada vez que crecía algo en la corpulencia, renovábais vuestro amor, y de nuevo le ofrecíais á vuestro Eterno Padre, para entregarle todo en la Cruz por mí; y tantos deseos y gustos nuevos tuvisteis de hacer mucho por mí, cuantos eran los momentos en que sustentábais y aumentábais la vida y fuerzas de esa humana naturaleza que por mí tomasteis. ¿Qué más hicierais, Dios mío, por mí, si fuera yo vuestro Dios? Adoro esa bondad, adoro ese cuidado de mí, adoro ese infinito amor, tan general y tan particular; tan antiguo y tan nuevo; tan eterno y tan renovado. Pásmome, amor mío, y no sé hablar; encended Vos vuestro amor en mí, para que sepa sentir, agradecer y amar.

¿Vos á mí, Dios mío? ¿Vos por mí? ¿Vos que no sois ciego en lo que hacéis, ni os inclina errada afición? Pues, Dios mío, ¿Vos á mí? ¡Ah bondad! ¡Ah amor sin ley, sin regla, sin medida! ¡Adroos, alábos, deséos, por Vos suspiro! Venid á mí: haced en mí lo que hacéis en Vos: pues no queréis más razón para todo lo que hacéis, que el amar; enseñadme esa ley, esa razón, y que sólo ella me gobierne. ¿Qué mucho hago en deseáros mucho, en amaros mucho, en vivir todo para Vos, y en emplearme todo en Vos, pues nada hago de gracia, ni puedo responder dignamente á cuanto amor os debo? No puedo ser el primero, pues Vos sois el que siempre comienza: ojalá fuese yo el segundo, y respondiese á tanto amor con alguna centella suya. Pero Vos, amor divino, lo habéis de hacer todo, y lo que ahora desee, ha de ser obra vuestra. Quitad, Señor, de mí los impedimentos que en mí veis de vuestro amor: deshaced este muro de acero que está entre Vos y entre mí. El amor que tanto os ocupa en mí, os mueva á deshacer todo lo que en mí os descontenta. Llevad, Dios mío, á Vos todo mi deseo, toda mi esperanza, todas mis fuerzas, toda mi alma, todo el tiempo, todas las obras y toda la vida. Sea yo un vivo instrumento, sin resistencia alguna de vuestra voluntad. ¿Quién me conoce, sino Vos, Dios mío? ¿Quién ve mis necesidades, sino Vos, verdadero remedador de ellas? Ante Vos estoy cual veis: lo que desee en esta hora. Vos lo sabéis.

cuán perfecta ó flacamente lo desee, solo Vos lo entendéis; cuánto os debo, Vos lo pasáis: cuánta necesidad tengo de vuestro amor, solo Vos, amador divino de mi alma, lo penetráis. Dadme, amor mío, lo que veis que he menester: disponedme para darme lo que me podéis dar: vuestro soy, y Vos mío: hábleos por mí vuestro amor. Yo aquí estoy entregado y rendido cuanto puedo, con los ojos, con el deseo, esperanza, corazón, alma, y todo abierto, suspirando por Vos. ¡Cuándo llegaréis y me saciaréis, y me abrasaréis todo en Vos! ¡Oh Dios mío, oh amor mío, oh vida mía, oh fuego mío, oh mi suave Jesús!

¡Madre de Dios, Virgen purísima, quién pudiera comprender lo que recibisteis en estos nueve meses! También aquí calla mi lengua y «s habla mi deseo. Dadme ese Señor; dádmele, Señora de la vida; dádmele, esperanza mía. Ni sé, ni quiero pedir más. Vos, que sabéis cuanto él solo me basta, alcanzadme amor para saberle desear y brazos interiores puros para tenerle perpetuamente asido en mí. ¡Oh corte del cielo que amas y eres amada y aquí está todo tu bien; haz que no quede yo, miserable, fuera de él; sino que viva siempre amando, pues no vivo sino de ser amado de ese Señor, que en Vos vive y reina para siempre. Amén.

TRABAJO IV

El duro tratamiento que Cristo dió á su cuerpo luego que nació, y de su nacimiento.

LEGADO el tiempo y hora en que el Verbo divino encarnado había de salir del sacratísimo vientre de la purísima Virgen nuestra Señora y aparecer en el mundo, fué tal su contenido de verse ya entrado en el camino que tanto deseaba, que le comparó David á un ánimo y esfuerzo de gigante para acometer alguna hazaña. Pero viendo cuánta frialdad había en la tierra para recibirle, alborozó el cielo y mandó que bajasen ejércitos de ángeles á festejar su entrada en la tierra. Y sin duda, si soltara todas las criaturas, como las soltó cuando murió, mostrarán con nuevos excesos el placer que merecía la venida del Hijo de Dios á la tierra, como mostraron sentimiento en la despedida. Pero como su determinación era plantar en la tierra el espíritu del cielo, y parecer en figura y modo desprendido del amor de las cosas terrenas, se contentó con las fiestas del cielo. Mas la sacratísima Virgen hizo perfectísimamente por todo el género humano el oficio y servicio debido al Señor; porque Ella sola fué escogida para crédito de nuestra deshonrada naturaleza y para suplir todas las faltas de ella. Así, llegando la hora del parto, la sintió, no con dolores y trabajos de las otras mujeres, sino con tan grandes y tan nuevos excesos de inflamaciones interiores de amor y tan grandes júbilos y elevaciones del alma, que bien conoció ser llegada la deseada hora en que había de ver por sus ojos y tener en sus brazos y á sus virginales pechos al único Hijo de Dios y suyo, perseverando Virgen perpetua y Madre del mismo que adoraba como Dios.

Había esta Señora llegado aquel día con su esposo José á la ciudad de Belén, en cumplimiento de un edicto que el Emperador de Roma publicó por Judea y todo el orbe, para que le reconociesen vasallaje; y como la ciudad era pequeña y la gente mucha (porque allí acudían todos los de la casa de David), no halló la Señora donde aposentarse, ni entre los vecinos, ni en las posadas; y fué preciso recogerse en el rincón de un portal, donde había algunos pesebres para que los pasajeros diesen allí de comer á sus caballerías. No se debe pensar que la Señora escogió este lugar sin consideración, porque el Espíritu Santo la enseñaba y guiaba; aunque sabía cuán cerca tenía la hora del parto y que era bastante excusa para no andar personalmente aquel camino, desde Nazaret á Belén; con todo eso, fué á buscar el lugar que sabía tenía escogido para nacer el mismo Dios que traía en su purísimo vientre, acomodándose como sirva muy fiel (de que ella más se preciaba que de Madre) á la voluntad del Señor que había de parir, más que al gusto que tuviera de aposentarle en otro muy diferente lugar. Estando la Señora en aquel pobre y desabrigoado establo, ocupada en inflamadísima oración, sin que ella sintiese ningún efecto corporal, el Verbo Divino encarnado salió por su propia y divina virtud á la media noche en punto, según fué revelado á San Bernardo, de sus purísimas entrañas, dejando á su sacratísima Madre enterisísima y perpetua Virgen, usando por entonces del don de sutileza de los cuerpos bienaventurados, que entran y pasan adonde quieren, sin ninguna alteración de las propias cosas por donde pasan.

Salido de las virginales entrañas el Divino Verbo encarnado, Hijo de Dios vivo, se echó en el suelo sobre las pajas que allí había delante de los ojos de la Virgen sacratísima, en cuerpo muy pequeño y hermosísimo, semejante en la disposición y figura á todas las demás criaturas recién nacidas. En el mismo instante se sintió la Señora con los pechos llenos de leche, y postrada en la tierra adoró á su Dios y su Hijo, y le tomó en sus purísimos brazos, y le cubrió con pobres paños, tomándole y dándole de mamar, y le dejó otra vez, por hacer su voluntad, en el mejor lugar de aquella pieza, que era un pesebre, y se puso junto á El guardándole, adorándole y pasmándose.

Dejo á la consideración de los devotos lo que en aquella hora sentiría, porque ni la lengua ni la pluma pueden declarar tantos excesos y operaciones de amor como allí hubo. Hicieron su oficio los ejércitos de los ángeles, reconociendo y adorando al Señor que veían hecho hombre, llamando para el mismo fin á los pobres pastores y entonando en celestiales cánticos: *Gloria á Dios en los cielos y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*; cuya cláusula tiene varios y excelentes sentidos. En uno quiere decir que es acabada la guerra y división que el pecado había causado entre Dios y los hombres; y que ya toda buena voluntad, todo buen deseo, todo el amor de los corazones humanos, tiene libre entrada en el divino pecho por las paces que el Hijo de Dios nacido tiene hechas

y confirmadas, para que nunca se vuelvan á quebrantar. En otro sentido dice, que pueden ya los hombres vivir libres de la divina ira y justicia, á la sombra y amparo de tal mediador, como tenemos en el Hijo de Dios humanado; porque por El halló la bondad divina suicientísimas razones y méritos para recibirnos de buena voluntad en su gracia y amistad. En este sentido quieren los ángeles decir que la paz es dada á los hombres de buena voluntad y liberalidad de Dios. Otro sentido se da á estas palabras, muy propio del amor que Dios en este día muestra á los hombres. Los pecadores son llamados muchas veces en la divina Escritura hijos de ira, hijos de perdición é hijos de la muerte, por lo sujetos y entregados que estaban á esto por los pecados; y por Cristo nuestro Señor somos prohijados de Dios, y ya de verdad hijos suyos. Pero como esto no es por merecimientos nuestros, sino por excesos del amor y voluntad que Dios nos mostró, dándonos su Hijo hecho hombre; por eso los ángeles nos llaman ya hombres é hijos de aquellas divinas entrañas y de aquella sumamente buena voluntad, inclinada ya á todo nuestro bien: por eso cantan, que á los hombres é hijos de aquella voluntad y bondad paternal infinita, sea paz, que es principio y conservación de todos los bienes.

Entre estos angélicos placeres no se olvide el trabajo que nuestro Señor da á su humanidad, y cuán prontamente la muestra, que no nace para descanso, á fin de que le agradezcamos el tener tan presente nuestro remedio, que ni las fiestas celestiales son bastantes para olvidarle de ello. Tenía el Señor en aquel lugar los brazos de la sacratísima Virgen, que El escogió para que le sirviesen y recibiesen, á lo que estaban ya obligados por ser brazos de Madre, y de tal Madre; con todo eso, en saliendo de su purísimo y virginal vientre, no se pone luego en sus brazos, ni la deja que haga su oficio cuando quisiere, sino que El por su voluntad se echa en el suelo, y escoge por cama la tierra común á los gusanos y animales. Y de tal manera escogió este tratamiento de su cuerpo, en naciendo, que toda la vida se le dió, para que desde el nacimiento hasta la muerte pudiese decir que le faltaba el refugio de las raposas y aves que tienen sus nidos y cuevas; mientras El no tiene una piedra, ni un palmo de tierra en que recogerse y reclinar la cabeza, siendo cosa común á todo animalillo: y quiso luego que nació, parecer lo que David había profetizado de El, que sería reputado como gusano y no hombre, y sería tenido como oprobio de los hombres y escarnio de la plebe. ¿Quién hace caso de los gusanos? Esa cuenta hizo de su cuerpo el Hijo de Dios: pues en naciendo le echó en el lugar donde los gusanos se crían. No puede esto reputarse en Cristo por acaso ó flaqueza de niño (pues por su virtud salió del sacratísimo vientre en que anduvo nueve meses), sino que fué eterna providencia. Y El mismo, como Dios, Señor y Gobernador del mundo, dispuso que se acabasen los reyes de la casta de David en Judea, y los capitanes y príncipes que después le sucedieron, y viniese la sucesión de ellos por línea recta á la Virgen nuestra Señora, pobre,

y al Santo José, su esposo, carpintero, para nacer de madre pobre, aunque legítimo heredero del reino temporal de David. Pero como no pretendía cumplir las promesas que hizo á David de su reino en sucesión temporal, sino en celestial y eterna; ordenó que todo se acabase y reinase rey extranjero y gentil, para nacer, vivir y morir pobre. Así quiso y ordenó que los emperadores romanos fuesen señores de Judea, como lo eran de mucha parte del mundo; y puso en el corazón del emperador Augusto que mandase empadronar todos sus vasallos, para que así se diese orden en Judea de que todos los de la casa de David fuesen á Belén á ser empadronados y pagar su tributo; para que la Virgen, en días de parir, fuese allí en ocasión que no hallase más aposentamiento que un establo, donde El en naciendo, pudiese echarse en el suelo, como tenía determinado. Bien diferentes son los pensamientos y prevenciones de Dios de las del mundo: pues Dios revuelve el mundo todo, y le da tantas vueltas para nacer en un establo y en el suelo, desamparado y abatido; y el mundo en ninguna cosa se ocupa más que en dar infinitas vueltas por ser, por valer, por estados, por parecer alguna cosa, y por puras vanidades.

También quedan aquí bien desengañados los regalos del cuerpo, por quien tanto hacen los hombres, como si tuvieran en él el mayor y más leal amigo, siendo en la verdad verdadero y propio enemigo de todo nuestro bien: de tal suerte, que el iluminado Fr. Gil, compañero de San Francisco, decía que el que estaba más desengañado y cierto de que su cuerpo era enemigo de todo su bien, ese vivía mejor y más seguro. Por tanto, nuestro Señor, que venía al mundo á ser espejo de toda verdad y desengaño de todo yerro, aunque tenía su cuerpo y carne obedientísima á su divinidad, y muy conforme con toda su voluntad sin alguna culpable resistencia; con todo eso nos quiso enseñar en sí la cuenta que habíamos de hacer de la nuestra, y al punto que nace la trata como enemiga, no siéndolo; y la da el suelo por casa y aposento para toda la vida, para que viviésemos en la tierra cansada y sin alivio. Y sin duda no costó esto al Señor poco trabajo: porque como era de delicada complexión, tierno y pasible como los demás hombres, había de pasar muchos quebrantos de cuerpo, y perder mucho sueño, del poco que tomaba, por el duro tratamiento que le daba. Bien veía el Señor cuánto mal nos hace el amor propio de la carne, y la paz que tenemos hecha con sus apetitos, y cuánto nos desvelamos por contentarla, y que nada en la vida nos hace perder cuanto Dios nos mereció y el fruto de sus trabajos, como el amor propio de este cuerpo, y por eso en el suyo enseña como en espejo, cuánto debemos nosotros temernos de él. Si en el cielo el amor propio, sin flaqueza de carne, derribó al infierno tantos ángeles que tenían tantas fuerzas de naturaleza y de gracia para mantenerse, ¿qué hará en gente de barro, que tanto trabaja por hacer su voluntad? Para todo el descuido con que en esto se viva, debe tenerse presente lo que dice San Bernardo, que sólo después de estar en el cielo viendo

á Dios, podremos estar seguros del amor propio: porque como nos es natural, irá allá con nosotros; pero estará tan satisfecho con la vista de Dios, que sólo allí perderá la malicia con que acá nos destruye. Pero en esta vida, el que se descuidare de andar siempre en guerra con él, tenga por cierta la ruina. Y tanto más nos conviene velar contra él, cuanto se muestra más blando y más amigo de la naturaleza, porque entonces con más furia y perjuicio emplea su malicia.

EJERCICIO DEL NACIMIENTO Y DURO TRATAMIENTO QUE EL SEÑOR DIÓ A SU CUERPO

Inflama, buen Jesús, en esta hora mi alma con fuego de tu caridad: alumbrá, amor mío, este corazón con tu eterna luz: refrena la distracción de mis pensamientos: recoge todos mis sentidos interiores y exteriores: quita de mi corazón la niebla y ceguedad, para que te vea, te entienda, te conozca, te ame, te reciba y abrace con amor. Esposo de mi alma, que tan hermoso, tan rico, tan lleno de bienes sales de ese sacratísimo vientre, y tan abrasado de amor entras en este destierro de miserias. Bendito tú, que vienes en nombre del Señor, Dios y Señor nuestro, y ahora nos alumbras. Ven, salud mía; ven, gloria mía; ven, bienaventuranza esperada y deseada de esta alma. Adórote, Dios mío, nacido en mi carne: adoro esos miembros, adoro esa alma, adoro esa divinidad, adoro ese amor, adoro esas misericordias, adoro esos divinos bienes y riquezas de que vienes lleno. Apareciste, gloria mía, en la tierra desierta de todos los bienes, y poblada de todas las miserias: ya to tienen consigo los pecadores; ya os tratan los pobres y pastores; ya hicisteis de la tierra cielo, y del pesebre paraíso. Ya descendien del cielo vuestros ángeles á buscaros y adoraros en el mundo; ya está lleno de gloria nuestro destierro; ya lleno de cánticos y loores celestiales el valle de lágrimas. Donde Vos estáis, todo es paraíso, porque Vos sois el mismo paraíso de divinos, espirituales y celestiales deleites de las almas que os aman. Con Vos todo es puro, todo limpio, todo claro, todo lleno, todo pacífico, todo suave, todo amoroso y gustoso. Sin ser buscado, nos buscáis, Dios mío; sin ser llamado, venis á nuestras miserables moradas; ¿qué haréis á quien os desea y llama? Llámoos, buen Jesús; venid, Señor, á esta alma; entrad, naced en ella, luz divina, y alumbradla con vuestro resplandor.

Dais hoy paz á las buenas voluntades, porque sabéis cuán pocas ó ningunas y flacas obras habéis de hallar, y cuán pobres somos de virtudes, y que cuando mucho adelantemos, llegaremos á tener buenos deseos. Para Vos guardáis el hacer y trabajar mucho, y á mí me dejáis rico de querer y desear mucho, para que saciéis con Vos mismo esta voluntad, y la deis gracia para que con ella pueda obrar. ¡Oh Dios mío y amor infinito! sin algún bien, es porque soy hechura é hijo de esa vuestra paternal y amorosa voluntad que me tenéis, de donde mana perpetua fuente de bondad.

des. También en mí queréis solamente la buena voluntad para la disposición de cuantos bienes me podéis dar. Pues, Señor mío, si buscáis voluntades, veis aquí la mía que en esta hora, por vuestra voluntad, me dais, deseosa de amaros mucho, de poseeros, de teneros, de abrazaros, de entregarse toda á Vos, y lo que le falta para ser perfecta, Vos, perfección soberana, lo habéis de suplir. ¿Quién soy yo para tener cosa buena sin Vos? Encended, espíritu divino, esta chispa de deseo de Vos que me dais; hacedla brasa viva, y de brasa llama de amor, que todo me haga arder en Vos y todo os traiga á mí.

¡Oh divino Niño, cuán diferente sois de lo que parecéis! Los ojos humanos no ven en Vos más que un muy pequeño y delicado cuerpo, arrojado en el suelo, encogido, llorando y tiritando de frío, como un exposito del mundo, flaco de todo, entre animales y en el estiercol como un gusano de la tierra. Mas Vos sois el Hijo del Eterno Padre, el precio y substancia de su gloria, Dios infinito y eterno, todo poderoso, tesoro de las divinas riquezas, hartura de los bienaventurados, saciedad de los que os aman, bienaventuranza de los que os desean y riqueza perfecta de los que os poseen. Oh Dios, niño y soberano chico, ¿quién desconfiará de poder teneros todo, pues estáis tamaño que en cualquiera parte podéis caer? Hicisteis, Dios mío, á la medida de pequeños corazones, para que todos os tengan; y tenido y poseído, Vos los hacéis grandes y ensancháis con Vos mismo. A ninguno extrañáis, de ninguno huís, todo albergue aceptáis y de todos os dejáis abrazar con amor, como vida que sois verdadera del alma. Por eso venis niño, para que quien os abraza como á niño, abraza á Dios, tenga á Dios, festeje á Dios y logre sus placeres con Dios. Ensubristeis, soberana gloria mía, vuestra Majestad, para que os puedan tratar todos sin empacho ó encogimiento, y con familiaridad. ¿Quién se atreviera con Vos, si vuestra bondad no os suavizara tanto conmigo? Me dais de esta alma os ofrecéis, Dios mío; tomad los brazos que el deseo de esta alma os ofrece; aceptad el hospedaje que este corazón desea hacerlos; aposentaos Vos en mí; divertíos en mí; alegraos para mí; mostradme la hermosura y gracia de vuestro suave rostro; enamoradme de vuestra belleza, y con esa vuestra blandura de cordero, enterneced la dureza de este corazón; derretidme todo en vuestro amor; ande siempre, mi suave Jesús, con Vos; crozca con Vos, dilátese con Vos, tome fuerzas con Vos, para amaros mucho, para seros muy obediente, para hacer en todo vuestra voluntad, preso de vuestro amor.

Buen Jesús, divino verbo, sabiduría eterna, verdadera vida de las almas; si venís á buscar hombres, ¿por qué en saliendo de ese sacratísimo, purísimo y virginal vientre, os mostráis tan desprendido de todos y os tratáis tan áspera y duramente que echáis esos tiernos miembros en el suelo duro y frío y en ese lugar tan despreciable? Siquiera por honra de esa Señora, que os ha de criar y servir con tanto amor, ¿no fuera justo que os pusierais luego en sus brazos sacratísimos? ¿Qué es esto, Dios mío y gloria mía? Vos

no caéis en el suelo casualmente, como otra cualquiera criatura flaca é ignorante, pues sois eterna sabiduría; hacéis eso porque queréis; os tratáis de esa manera por vuestra voluntad y tan por vuestra elección, Dios de mi alma, que muchos años antes venís gobernando al mundo y ordenándole de modo que sea preciso pasar vuestra sacratísima Madre á Belén en tiempo y hora que por la multitud de gente la falte sitio para recogerse, y vengáis Vos á nacer en un establo; y naciendo en la hora que tenéis determinada y saliendo por vuestra propia virtud de esas entrañas virginales, os ponéis por vuestra voluntad en el suelo, os pegáis á ese bajo lugar, os tratáis con tanta dureza y aspereza, y quedáis tan amigo de la tierra, que fué por toda la vida vuestra cama, y que podéis decir con verdad que no tenéis donde recostar la cabeza, sino en el suelo, común á los animales y gusanos del campo, con tantos quebrantamientos de vuestro santísimo cuerpo, como si él os fuera tan contrario enemigo, como lo es el mío miserable contra mi espíritu.

¡Oh buen Jesús, qué amistad es esta de la aspereza y del duro tratamiento de ese cuerpo y de la dura tierra en que por vuestra voluntad os ponéis, dejando los brazos de la Virgen con tan alta previsión, que para llegar á esto dais vuelta á todo el mundo, acabáis reinados y mudáis imperios! ¿No escogisteis Vos esos purísimos brazos de la Virgen sacratísima para que os sirviesen? ¿Pues cómo esperáis que Ella os tome en ellos, y Vos no tomáis para Vos mismo sino lo duro, lo áspero, lo bajo y lo pobre del mundo? No hay aquí sayones ni alguaciles que os arrastren por el suelo, como harán después cuando os prendan; vuestra libre voluntad y vuestro amor os echa en esa dura tierra, en ese bajo lugar y os pone en un pesebre. ¡Oh sapientísimo conocedor de mis males! ¡Oh verdadero y único remedador de ellos! Mi cuerpo y mi carne es en mí el mayor y más perjudicial enemigo; en todo me es contraria, á todo mal me inclina y por ella pierdo cuantos bienes por ella en Vos tengo recibido; y Vos, buen Jesús, teniendo en Vos esta mi carne purísima y como obedientísimo instrumento para que en ella y por ella me haga vuestra divinidad infinitas mercedes, la tratáis en Vos como enemiga mía y como yo la debo tratar en mí, y mientras no la glorificáis, no queréis darla descanso, sino siempre guerra y trabajo. ¡Oh ciego y miserable de mí, que veo esto tan claro y no me confundo de tener hechas paces con esta mortal enemiga! Sirvo al cuerpo como á Señor, presumo de él como de grande, desvelome por él como por amigo, regálole como á leal y por él os pierdo, Dios mío, á cada peso, como si á él le debiera las obligaciones que á Vos. ¡Oh, cuántas ofensas os hago por hacer su voluntad! ¡Oh, cuánto os injurio por no disgustarle! ¡Cómo siento sus achaques, cómo me compadezco de sus dolores, cómo acepto sus razones contra Vos y cómo ando tras de él ciego, loco y hechizado, viendo en Vos, Dios mío, tratada esta mi humanidad de esa manera! ¡Oh luz de mi corazón! ¡Oh espejo y maestro de puras y eternas verdades! Ya que tan claro me enseñáis lo que corresponde á este cuer-

po, el mismo amor que os hace llegar á tantos extremos por alumbrarme y remediarme erfe en mi nuevo espíritu, aborrecedor de tan pestifero enemigo.

Vos sabéis, Señor mío, que no es posible aborrecer yo cosa que hasta ahora tanto amé, conocer sus ocultos ardides, huir y escapar de ellos, tenerle siempre y tratarle como enemigo de mi bien, sino con fuego y amor vuestro, puro y desinteresado con que á solo Vos quiero obedecer y complacer. Está, Dios mío, el amor propio dentro de las entrañas de este hombre terreno, y cuando pienso que me veo y conozco, cotejándome con Vos, me hallo más preso de él. Conmigo anda, conmigo crece, conmigo se acompaña; en todo se me mezcla, en todas vuestras cosas quiere tener entrada, por valer, por ser señor, por reinar; y, por mi desgracia, casi siempre lleva la mejor parte. ¿Qué haré, Dios mío, contra el peso de esta miseria, y contra las leyes de esta carne que es á Vos tan contraria? No tengo, Señor, otro remedio sino á Vos, que sois mi Dios y Señor; por eso nacéis, por eso os tratáis tan ásperamente. Curad, pues, buen Jesús, con esos vuestros cauterios la podredumbre de estas miserias, y con la fuerza de vuestro espíritu la flaqueza del mío.

Vida y consolación de mi alma: esa tierra no os ha de conocer, esa bajeza no os ha de amar, ese pesebre no ha de saber quién sois, y quedará cada cosa lo que fué, porque no habéis de mudar su insensible naturaleza. Este duro y terreno corazón, el estiercol de las miserables aficiones de esta alma, la bajeza de estos deseos en que me mantuve hasta ahora, se mudarán, Señor, con vuestra presencia; dejad ese lugar, venid á mí. A mí me podéis ablandar, alumbrar, transformar, abrasar, para que os ame, os conozca, os adore, os abrace y posea, y por Vos me aborrezca á mí perfectamente. Venid, Jesús mío, á esta alma, porque aquí me humillaréis, y en mi humildad seréis glorificado, y me enseñaréis vuestras verdades, venceréis mis enemigos y haréis vivir en esta alma vuestro espíritu, con muerte del terreno que en mí vive. Poneos siempre, buen Jesús, delante de mis ojos; haced presente á mi corazón para que vuestra hermosura y suavidad me enamoren; para que pierda el sabor de esta tierra; y pues toda mi perdición me viene de hacer el gusto de mi carne contra el vuestro, Vos sabéis que no puedo con ella, y cuán flaco soy en llegando la ocasión, que sólo vuestra poderosa mano me puede guiar, y sola ella esforzarme contra mí. Aquí me pongo á vuestros pies; aquí me ofrezco á Vos todo con mis llagas; quiero en esta hora todo lo que de mí queréis; deseo que en todo hagáis vuestra voluntad. Aunque esta pesada carne quiera otra cosa, mortificadla Vos, buen Jesús, quebrantadla y haced que sirva á vuestra voluntad; mostrad en mí la fuerza de vuestro espíritu y del amor que os trae á la tierra. Vos sabéis lo que en esto desea mi corazón, y lo que debe desear; obrad conmigo según vuestras grandes misericordias, que yo no sé más que mostrar mis llagas y suspirar á Vos, Dios mío, esperanza mía, mi ver-

dadero amigo y remediador, en quien confío, á quien adoro, alabo y deseo de todo mi corazón.

¡Oh Madre y Virgen sacratísima! Valed á este miserable desterrado; ayudadle á quebrantar las durezas de este terreno corazón y las contradicciones de este miserable cuerpo, y sujetadle todo á este Señor perpetuamente y en todo. No quede yo sin el fruto de los trabajos de este Señor, y fuera de su gracia; ayudadme á contentarle, á vencerme y á servirle siempre y amarle. ¡Oh ángeles y almas purísimas de esa soberana corte! Amad y glorificad á ese Señor con infinitas alabanzas por todos los favores que me hace, y sed mis abogados é intercesores, para que esta pesada tierra no me venza; mas alcanzadme espíritu para traerla siempre debajo de los pies del Señor, cansada y atribulada, hasta que merezca con Vos la paz eterna para siempre. Amén.

TRABAJO V

Lágrimas del Señor por nuestros pecados.

ENTRANDO el Señor en el mundo, la primera voz que dió después de nacer fué llorar como todos los demás niños, pareciéndose con ellos en todo. No es cosa de poca consideración y admiración, ver al Hijo de Dios vivo encubrir su eterna sabiduría, y vivir en silencio hasta el tiempo que las demás criaturas hablan; y llorar, dejarse envolver, traer en brazos, y ser tratado como las demás criaturas, no mostrando menos flaqueza natural que la que ellas tienen; y como todo esto lo hacía, no por flaqueza, sino por voluntad, dejó abierta para la consideración de los que le aman una gran entrada para que le traten y se derritan en estas maravillas del eterno consejo. Dan para esto grandes motivos las lágrimas con que el Señor entra en el mundo; y aunque en ellas se parecía á todos los demás niños, eran muy diversas en la causa de que procedían. David profetizó de este Señor, que el celo de la honra y casa de Dios sería en El tan grande, que siempre le andaría comiendo las entrañas; de suerte que por honra de Dios tomaría sobre sí todas las ofensas que en el mundo se le hacían; y así al entrar en el mundo, fué tanto el sentimiento que tuvo de las ofensas que los hombres hacen á Dios, presentes ya en su eterna sabiduría, que luego las comenzó á llorar, y toda la vida continuó en lágrimas y murió bañado en ellas. Así lo dice San Pablo, que tuvo el Padre Eterno tanto respeto á las lágrimas con que su Unigénito Hijo le rogaba por los pecadores, y á su divina persona, que por eso fué oído y nos alcanzó el remedio de nuestros pecados. Gastaba el Señor las más de las horas de su vida en orar al Eterno Padre por los pecados del mundo, y porque toda su Humanidad estuviese ocupada en merecernos perdón, su alma sacratísima con las potencias superiores estaba toda elevada en Dios, á quien como bienaventurada veía, y el cuerpo se estaba bañando en lágrimas, y alligándose con el sentimiento y dolor de los pecados cometidos por los hom-